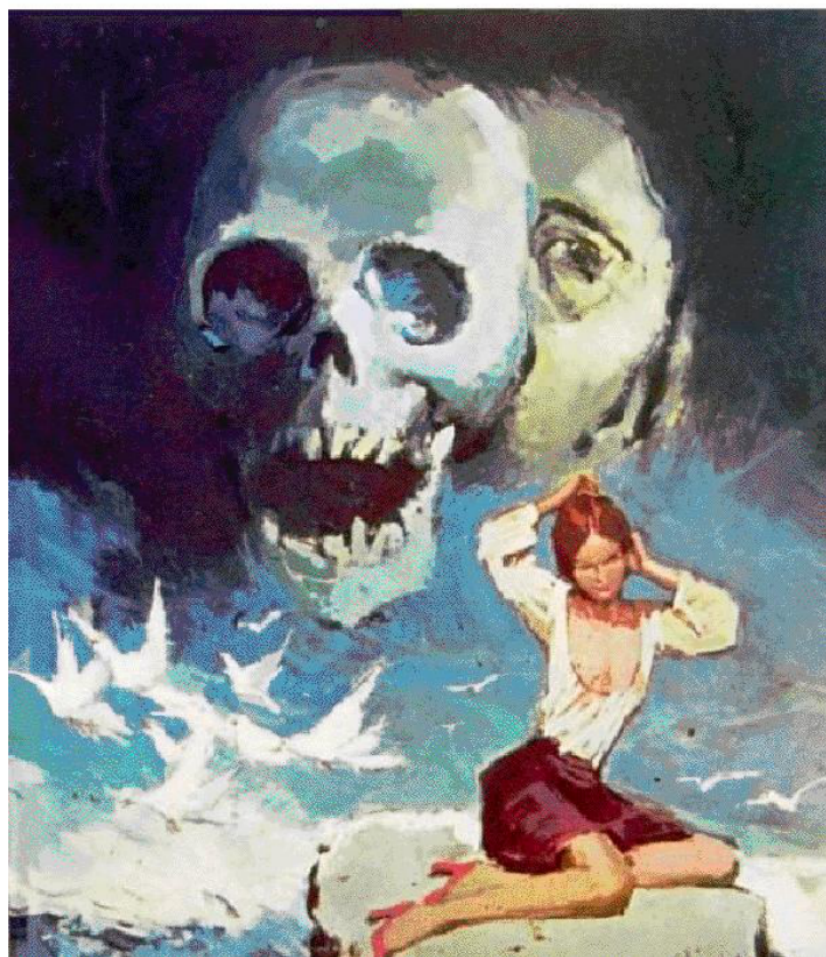




crimen en "Lady's Manor"

joe mogar



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

JOE MOGAR

CRIMEN EN LADY'S MANOR

Colección **PUNTO ROJO** n.º 682
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 10.911 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: mayo, 1975

© JOE MOGAR - 1975

texto

© DESILO - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.013 — Llamada a un pistolero.

En Colección BUFALO:

395 — Alias, Pistol Kendall.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.286 — El hilo de Ariadna.

En Colección CALIFORNIA:

878 — El jinete del Gran Cañón.

En Colección SALVAJE TEXAS:

912 — Sharon del rancho Barrera.

En Colección COLORADO:

858 — Tumbas -en la cascada.

En Colección KANSAS:

799 — Carta a un pistolero.

En Colección BRAVO OESTE:

583 — Una forastera peligrosa.

En Colección PUNTO ROJO:

669 — Coartada.

En Colección ASES DEL OESTE:

672 — Una silla de montar.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

105 — Sorpresa en la noche.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

204 — La venganza de Larry Tempal.

CAPÍTULO PRIMERO

La fiesta estaba en todo su apogeo cuando llegué.

Ni siquiera sabía, por el momento a que se debía mi invitación a una casa como aquélla. *Lady's Manor*.

Era curioso el nombre, o por lo menos me lo parecía a mí; tan curioso cómo, aunque esto significara caer en la redundancia, aquella invitación. Sea lo que fuere, me encontraba allí, descendiendo del coche, en una noche estrellada, frente a un porche con columnas de mármol blanco, seis en total; una columna por cada escalinata del mismo material y que daba acceso al porche.

La puerta de entrada, el llamador de bronce, a un lado, junto al marco, al botón del timbre, y en el centro de la puerta, el uniformado portero, blocando, como aquel que dice, la entrada.

Desde fuera se oía el bullicio del interior, las notas de un piano, alguna que otra risa... y el hilo de mis pensamientos lo rompió el portero.

—Su invitación, míster..., por favor.

No di mi nombre, pero sí que le mostré la pequeña cartulina que el portero tomó, examinándola atentamente, y luego me cedió el paso con un «Disculpe...», y crucé el umbral dejándolo a mi espalda.

La fiesta estaba en su apogeo cuando entré en el vasto salón, lleno de mujeres, con vestidos de noche y hombres con frac, exactamente lo mismo que yo.

Miré a mi alrededor desde aquel nuevo umbral, antes de cruzarlo.

No conocía a nadie, ni siquiera a la persona que me había invitado. Sólo un nombre en el ángulo de la tarjeta enviada; un nombre que bien podía ser de mujer como del sexo masculino; una sencilla palabra casi ilegible para mí.

«Manor»... Aquello es lo que decía o parecía decir.

—¿Quiere una copa, míster...?

—Spencer —respondí con una sonrisa a la muchacha, posiblemente una doncella de la casa, o enviada de fuera por cualquier agencia—, sí, gracias.

Tomé la copa que me ofrecía y bebí un poco; la muchacha me dedicó una sonrisa y se alejó de mí, moviendo acompasadamente las piernas cubiertas por las mallas negras: de los *pantys*, bandeja en mano, y repartiendo sonrisas entre los invitados.

Bebí otro poco más, acercándome a una de las ventanas.

El mar, azul, en calma, entrevisto por entre los árboles que rodeaban la finca, cuyo rumor no llegaba ahora a la casa debido posiblemente al bullicio que reinaba en su interior.

—¿Se divierte, míster Spencer?

La pregunta era absurda.

Fue en lo primero en que pensé, antes de volverme lentamente hacia el que así me interpelaba; posiblemente el hombre que me mandara venir, puesto que sabía mi nombre.

El rostro que quedó frente a mí era ancho, vulgar, los ojos pequeños, un ancho bigote sombreando el labio superior, debajo de una nariz también ancha. El mentón redondo, unos anchos hombros, un pecho de titán y unas piernas fuertes.

Vestía como el resto de los invitados, de frac, que le sentaba mal. A todas luces, no estaba acostumbrado a aquella clase de ropa.

—Recién acabo de llegar, míster...

—Lord Robert Manor... —Dejó una ligera pausa en blanco antes de añadir—: Soy inglés, como verá por mi título.

No dije nada; esperaba algo más, que no tardó en producirse.

—Venga conmigo, por favor.

Miré a mi alrededor buscando un lugar donde soltar la copa, pero mi anfitrión añadió:

—Tráigala con usted, Spencer.

Siempre sin responder, le seguí por entre los invitados, sin que nadie, como cosa lógica, reparara en nosotros, fuera del salón, a través de un par de corredores, hacia el ala norte de la casa, y luego por una escalera, también de mármol, hasta la planta superior del edificio.

Otro largo corredor, ancho, alfombrado, con luces en las paredes, y al fondo una puerta que lord Manor abrió apartándose a

continuación a un lado.

—Entre, Spencer —dijo—. Por favor.

Lo hice, notando su presencia en mi espalda, y experimentando al mismo tiempo una sensación que no me gustó.

—Siéntese.

Obedecí copa en mano, y le miré. Manor sé estaba sentando a su vez frente a mí, en otro de los sillones.

—Supongo —continuó diciendo— que estará sorprendido del modo como estoy llevando esto.

—Sí, un poco —repliqué—, aunque no tanto como usted pueda suponer. Me invitó a su fiesta... por una razón muy sencilla. Corriójame si me equivoco. Aquí, entre tanto invitado, nadie repara en mí, nadie se fija y es mucho más fácil sostener una conversación...

—Eso es exactamente —me interrumpió.

—¿Y bien?

Manor sacó un paquete de cigarrillos, encendió uno y habló ahora, tras envolverse en una nube de humo, sin preámbulo alguno:

—Van a matarme —dijo fríamente—. O por lo menos van a intentarlo.

—¿Sí? —inquirí un poco incrédulo—. ¿Cómo está tan seguro? ¿Quién, si es que lo sabe?

—Con seguridad no —repuso, con la misma frialdad anterior—. Puede... puede que sea mi mujer o... o su amante. —Y en sus ojos había algo que tampoco me gustó—. Es sorprendente que yo diga una cosa como ésta, ¿verdad?

Guardándome mi propia opinión, respondí:

—¿Por qué no trata de explicármelo con todo detalle?

—Porque no puedo. A pesar de mi seguridad, de mi certeza en mis sospechas, es cierto que no tengo pruebas. Todo se basa en suspicacias, en hechos sueltos, en pequeños detalles que unidos entre sí me hacen suponer, y más que suponer, como acabo de decirle, que van a asesinarme. Si no ella, sí el hombre... el hombre...

—¿Quién es ese hombre? ¿Está en la fiesta?

Hubo un ligero silencio que Manor aprovechó para fumar; luego, respondió:

—Así es, Spencer. Está ahí, posiblemente acechando... su

momento, o para eliminarme, o para verse con ella.

—¿Su esposa está ahí?

—¿*Lady* Manor? No, no ha bajado aún, aunque espero que lo haga, sólo para despedir a los invitados. A última hora pretextó una fuerte jaqueca y con su doncella particular pidió disculpas a los invitados.

—Deme el nombre de ése...

—No puedo, ¿comprende? Ni siquiera apuntarle la más ligera sospecha. Temo al escándalo, ¿comprende? Una denuncia por difamación me hundiría en este país. Vine... Bueno, Spencer, a pesar de todos los títulos rancios..., apolillados de mi apellido y de mi familia, lo cierto es que vine de Inglaterra sin un solo penique; o sin un solo centavo, como dicen ustedes... y logré triunfar. Eso no lo perdonan. No sólo los americanos, sino los ingleses. Lo mismo creo que ocurre en todas partes del mundo. Nadie perdona ni simpatiza con los que suben por encima de los demás..., aunque sea de una forma completamente legal.

—Entonces, ¿qué quiere que haga yo? —pregunté.

—Sencillamente, vigilar... alrededor mío y de mi esposa. Trate de averiguar toda la verdad. Para eso... va a quedarse aquí como invitado mío por una temporada. Usted sí sabe llevar el frac, Spencer..., sabe comportarse en sociedad. Por lo tanto, creo que no me será difícil conseguir a los ojos de mi mujer y de mis amigos hacerle pasar por un magnate de... de... ¿Qué le parece Boston?

—Correcto, lord Manor —respondí—. Sea Boston. Y ahora...

—Podemos dar por finalizada nuestra primera entrevista, si es que no tiene nada más que preguntarme.

Vacilé; vacilé un poco, y luego contesté:

—Respecto a ese... amigo de su esposa..., ¿quiere decirme cómo está tan seguro de que existe?

Manor señaló la cerrada puerta por lo que habíamos entrado allí, y respondió:

—No estoy seguro, aunque podría decirle todo lo contrario. Ve usted esos de ahí fuera..., pues ellos sí lo están. Vamos, Spencer, usted sabe mejor que yo cómo son esas cosas y cómo se tienen que resolver. Hable con ellos, con discreción, por supuesto, pulse el ambiente... y trate por todos los medios de evitar lo que se me viene encima. —Se echó a reír con risa bronca y añadió—: Si

supiera su nombre, tenga por seguro que usted no estaría ahora aquí, hablando conmigo.

—¿No? En ese caso...

—Le hubiera matado.

—¿Es eso lo que espera, lord Manor? —preguntó—. ¿Qué le señale a ese hombre... para que le asesine luego, con perfecta calma?

Sonrió, pero su sonrisa era tan fría como dura.

—No voy a hacer nada de eso... No voy a hacer nada, o no le hubiese llamado a usted. Trato de que me proteja, y nada más. De que lo evite... de que evite mi asesinato. Luego... luego... una vez seguros de todo..., sin un fallo, veremos si silenciarnos el asunto o lo ponemos en manos de la policía. ¿Qué decide usted?

Vacilé bastante; más, mucho más de lo que el propio Manor hubiera esperado, hasta que por fin contesté:

—Correcto, cuente conmigo.

Poco después abandonamos su despacho y regresamos al lugar donde se encontraban los invitados, pero no pude ver a *lady* Cecilie Manor.

No pude, hasta mucho más tarde.

No supe después cómo ni con quién hablé, ni siquiera las copas que tomé, ni a quién fui presentado, como un magnate de la importación de Boston en viaje de negocios a San Francisco. Desde allí, invitado por lord Manor, me había trasladado a su mansión, sita en San José, una pequeña ciudad situada a unas doscientas millas de Frisco, y a treinta aproximadamente de esta última población.

No, no supe nada hasta, como dije no hace mucho, algo más tarde. Ya en el interior de la habitación, del dormitorio que me había sido destinado allí, en la planta superior, cuyas ventanas daban directamente al mar.

No había árboles excesivamente altos por lo que se veía perfectamente, si no la playa, por estar cortada a pico y la casa situada en un plano superior, pero sí el mar propiamente dicho. El mar, y alguna que otra roca que como pequeñas islas emergían a flor de agua.

Entonces la vi.

Sentada sobre una de las rocas, con una extraña actitud de

dejadez que me impresionó sin saber por qué. Su perfil, que no podía distinguir con claridad desde aquella distancia. Con las piernas recogidas bajo la larga falda que ocultaba casi el pie calzado con zapato de alto tacón, y la mirada, según juzgué, perdida en la inmensidad del mar.

Por espacio de muchos minutos estuve contemplándola, a la claridad de la luna llena, en una inmovilidad absoluta, que cuadraba con la pétrea inmovilidad de la mujer, para mí, sin lugar a dudas, *mistress* Cecilie Manor; *lady* Cecilie Manor... y un pequeño bote a motor, anclado a la roca, por cualquier clase de medio que desde allí no podía distinguir.

Finalmente me aparté de la ventana y me dejé caer sobre el lecho, completamente vestido, sabiendo que ella, en aquella actitud de ella, en las palabras de su mando, había materia para pensar, para meditar.

Hasta que debí quedarme dormido.

CAPÍTULO II

Me despertó el estallido de un trueno y me puse en pie, sin saber al pronto a ciencia cierta, lo que estaba ocurriendo. El repiqueteo del agua en los cristales de la ventana, la luz zigzagueante del relámpago en el exterior, me hizo ir hasta allí.

Frente a mis ojos, el mar embravecido ofrecía un espectáculo impresionante, contrastando siniestramente con su calma de hacía algunas horas.

La cortina de agua, desde allí, desde el interior de la casa, me dio la impresión de ser difícil de penetrar.

El estallido de los truenos y el brillo de los relámpagos se sucedían de una forma casi ininterrumpida, y pensé en *lady* Cecilie Manor, a la que no hacía muchas horas y desde aquella misma ventana, había visto sobre una roca que emergía del mar, y que ahora me era casi imposible distinguirla debido al oleaje o sencillamente porque la marea alta y embravecida, impresionante también, la había cubierto.

El agua se escurría por los cristales impidiéndome cada vez más la visibilidad, por lo que me aparté de allí, corrí las cortinas y miré a mi alrededor, buscando algo en el dormitorio que positivamente sabía que no tenía.

Me miré en el espejo, y entonces tomé el peine y me alisé un poco los alborotados cabellos y fui hacia la puerta. No sabía con seguridad dónde se encontraba el *living-room* o, en su defecto, dónde se había celebrado la fiesta, pero sí que estaba situada en cualquier parte de la planta baja.

Entre los truenos y los relámpagos, entre el repiqueteo de los gruesos goterones de agua, que daban la impresión de que el cielo había abierto sus compuertas con ánimo de inundar toda la Tierra, me hacía falta un trago de algo que no fuera, por supuesto, agua.

Abandoné, pues, el dormitorio, alcancé el pasillo, la escalera y

empecé a descender. Fue entonces cuando me di cuenta de que la tormenta parecía amainar. Llegué al primer descansillo, puse el pie en el segundo escalón y hasta mis oídos llegó la violenta arrancada de un coche.

Me detuve sorprendido y luego corrí hacia el lugar donde creía que se encontraba la puerta de acceso al exterior de la casa. A medio camino me sorprendió el trueno, horripilante ahora, y la cabaña crujió hasta sus cimientos, o por lo menos ésta fue la impresión que me produjo. Luego sobrevino el silencio, y de nuevo corrí, sin saber por qué, hacia la puerta..., pero antes vi una ventana.

Me asomé.

Era un coche; tuve tiempo aún de ver sus luces piloto perdiéndose en la noche, bajo la lluvia, y pensé que era una imprudencia conducir de aquel modo con la carretera mojada, resbaladiza.

Un coche, ¿quién abandonaba la quinta a aquella hora, que a mi alrededor parecía dormir, en un silencio tan impresionante como siniestro?

La palabra final de mi pensamiento repiqueteó en mi mente como una campana de alarma. ¿Para eso me habían llamado allí? Esta nueva pregunta no tuvo contestación en mi interior. Tampoco sé por qué lo hice en aquel momento, pero lo cierto es que desanduve lo andado, subí al piso alto y busqué en las habitaciones cerradas.

Las tres primeras, descartando la mía, la que me habían destinado a mí, nada me dijeron. La cuarta me hizo fruncir el ceño. Indudablemente era la destinada a lord Manor y estaba vacía. ¿Fue él quien abandonó la quinta sin decirme nada, a pesar de la conversación que sostuvimos?

Era muy posible.

Pero ¿por qué?

Continué buscando y no tardé en dar con la ocupada por *lady* Cecilie Manor. Vacía también, y entonces una nueva pregunta nació en mi mente. ¿Fue lord Manor quien abandonó la quinta, o su mujer?

Empecé a buscar.

Tenía razonamientos más que suficientes para calmar a

cualquier criado si era sorprendido en mi busca.

No los encontré, ni en el piso superior ni en la planta baja..., y siempre impulsado por algo inexplicable, salí a la lluvia. En el garaje faltaban dos coches.

Uno quizá fuera el de *mistress* Manor, o *lady* Manor, y el segundo posiblemente el de su marido.

Consulté el reloj.

Las cuatro de la madrugada... y el que fuera, el que abandonó la casa en segundo lugar, había tomado el camino de San José.

Ésta fue otra de las cosas que jamás supe por qué razonamiento interior hice, pero lo cierto fue que repentinamente me vi conduciendo también bajo la lluvia, bajo los relámpagos y los truenos, que poco a poco iban amainando, teniendo a mi derecha los árboles que festoneaban la carretera y a mi izquierda los taludes y las cortaduras que daban al abismo inconmensurable del alborotado mar.

Vi la subida y el cambio de rasante poco después. Un poco más allá había una curva; reduje, pues, la velocidad y aun así, el coche patinó un poco, pero logré dominarlo, ya en la cumbre de la pendiente. Empecé a descender hacia la curva, que tomé con infinitas precauciones, y luego apliqué el freno violentamente. Las cubiertas chillaron sobre el mojado asfalto, el coche dio un bandazo, yéndose hacia la cuneta y, finalmente, se detuvo del todo.

Frente a mí, a menos de cincuenta yardas, bajo la lluvia que aún continuaba cayendo, asimismo bajo los relámpagos que cada vez se iban espaciando más y más, de espaldas al coche, casi iluminada por los faros, vi la figura un tanto difusa de una mujer, arrodillada en el suelo, con la cabeza cubierta por un pañuelo que ocultaba un tanto la madeja de su pelo, y cubierto su cuerpo por un impermeable.

En la orilla opuesta de la carretera, mirando hacia San José, el detenido coche que la había llevado hasta allí.

Un presentimiento, el de haber llegado demasiado tarde para impedir algo que aún no cuajaba en el interior de mi mente como idea precisa y clara, también con el presentimiento de que la mujer que no se daba cuenta de mi presencia, que permanecía inmóvil, como convertida en piedra, en el centro de la carretera, arrodillada, era *lady* Manor, me asaltó.

Empecé a acercarme lentamente, sin tratar de ocultar ni mis pasos ni mi presencia, y un poco más cerca ya, distinguí el cuerpo caído a sus pies, boca arriba, con el rostro mirando el cielo cubierto que seguía arrojando agua sobre la tierra, y apresuré el paso.

Me detuve a su lado, casi tocándola con las piernas.

Era *lady* Manor, y en su mano había una pesada automática, una «Luger» alemana. A sus pies, con un balazo en el pecho, esto lo supe después, pues en aquel momento el agua empapaba de tal modo el cadáver, que no quedaba en él ni resto de sangre, yacía su marido, lord Manor.

Suavemente la toqué en un hombro; se estremeció violentamente, como volviendo a la realidad, volvió la bella cabeza hacia mí, dejó caer el arma que empuñaba, lanzó un grito y se puso en pie enfrentándome abiertamente, mientras un vago sentimiento de bienestar se iba apoderando de mí, al ver la automática caída en el suelo, bajo la lluvia, que iba borrando rápidamente las impresiones digitales que pudiera tener.

—Usted... —exclamó—. Usted... es ese amigo de mi... de mi marido... Míster... míster... Spencer, ¿verdad? ¡Ah! Yo... no lo hice..., yo no le maté...

Hubo un breve silencio, un relámpago, y con un nuevo y ahora ronco grito vino a mis brazos, y sin saber cómo la estreché contra mi pecho y toscamente empecé a acariciar su cabeza cubierta apenas por el pañuelo que poco a poco se iba deslizando hacia su cuello, hacia su espalda.

—Calma... Tenga calma, por favor... —dije—. Tranquilícese... y venga a mi coche; se está empapando de agua.

Lentamente se separó de mí y frente a los míos quedaron sus ojos grandes, rasgados y misteriosos, y su bello rostro pálido como el de una muerta.

—Yo... yo no le maté —se estremeció, volvió a hacerlo y susurró, como en una letanía—. No..., no le maté, míster Spencer... No lo hice...

—Sé todo eso —respondí—. Vamos, venga conmigo.

Llevándola por la cintura, me acerqué a su coche. Había cambiado de parecer. La hice entrar, frente al volante, y del bolsillo de la americana saqué el arrugado paquete de cigarrillos. Encendí dos, le di uno, y pregunté:

—En realidad, *lady* Manor, ¿qué fue lo que ocurrió?

Sus pechos, cuyo nacimiento veía asimismo por el escote del vestido negro que llevaba en aquel momento, acusaron el impacto de la contenida respiración, cuando aspiró violentamente el aire y del mismo modo lo expulsó de sus pulmones.

—¿Cómo quiere que lo sepa? —preguntó ella, a su vez—. Le encontré ahí, en la carretera. —Y con mano temblorosa señaló hacia el cuerpo tendido en el suelo, a través del cristal del parabrisas, mojado por la lluvia—. Eso... eso es todo cuanto puedo decir.

—¿Por qué salió esta noche de la casa, *lady* Manor? —pregunté.

La palidez de su rostro no disminuía; el miedo que había en sus grandes ojos parecía intensificarse, pero su voz sonó firme cuando contestó:

—Ya veo que no me cree, y no obstante, le dije la verdad. No maté a mi marido, aunque... aunque la policía va a creer lo contrario. El me citó esta noche. Tenemos una casa en un desvío que hay a una milla escasa de aquí, a la izquierda de la carretera. Solíamos ir... íbamos cuando... cuando las cosas no estaban entre los dos como ahora. Yo... no sé por qué le explico esto, pero al mismo tiempo creo que es mucho mejor sincerarme con usted. Me vio con... con esa horrible automática en la mano, pero yo... yo... Bueno, *míster* Spencer, no voy a repetírselo otra vez.

La conversación se desviaba del tema central, por lo que insistí:

—¿Qué quería de usted su marido, *lady* Manor?

Fumó en silencio en tanto su rostro se coloreaba ligeramente, y luego respondió con una sinceridad aplastante:

—Si curioseas un poco por la planta superior de nuestra quinta, no tardará en darse cuenta de eso, *míster* Spencer —dijo—. Hace más de ocho meses que estamos prácticamente separados, pero para lord Manor eso no significa nada, ¿comprende? Esta noche, después de la fiesta, tomó su coche y salió. Luego, en plena tormenta, me llamó. Dijo que estaba en esa especie de retiro que antaño nos sirvió a ambos en común, cuando deseábamos... deseábamos... Discutimos por teléfono y me amenazó si no iba a verle.

—¿Qué clase de amenaza?

Cecilie Manor dudó por espacio de un breve tiempo, hasta que finalmente contestó:

—Dijo que iba a cambiar el testamento si no le obedecía..., que

su notario tenía órdenes concretas, y que lo pensara bien. De hacerlo, en caso de que muriera súbitamente, yo me quedaba prácticamente sin nada, pero a pesar del hecho me negué en un principio, por causa de la tormenta..., pero se mostró inflexible, por lo que súbitamente decidí darle lo que quería. Eso no tenía una mayor importancia para mí.

Seguía... seguía siendo mi marido.

Abrí la portezuela del coche sin responder, y vi la sorpresa en su rostro y ojos.

—No... no irá a dejarme sola, ¿verdad?

—No es eso lo que quiero, *lady* Manor —dije, decidiéndome repentinamente—. Sólo que tome el volante y regrese a *Lady's* Manor. Acuéstese, y olvídese de todo hasta que se presente la policía.

—¿Que me...? Pero ¿y él? ¿Es necesario dejarle aquí?

Contesté con otra pregunta:

—¿Oyó alguien esa llamada? Me refiero a la de...

—Me encontraba completamente sola en el vestíbulo cuando esto ocurrió, míster Spencer —me interrumpió.

—¿La vio alguien tomar el coche?

—Usted. Por lo visto, usted sí me vio, por lo que pudo asimismo ocurrir con otra persona cualquiera de la casa. Y si no es así, sospecho que me oirán regresar. La tormenta está prácticamente terminando.

Era cierto. Sobre nuestras cabezas las nubes se quebraban, algunas estrellas brillaban fugazmente para apagarse casi al instante. La cortina de agua había decrecido tanto que el aguacero de hacía unos minutos se había convertido en una fina llovizna.

—Márchese —dije.

—Pero ¿y él? Es horrible dejarle aquí, en medio de la carretera hasta que... hasta que...

—Márchese. Hágalo por usted y también por mí...

Me miró largamente hasta que, de un modo repentino, que tuvo algo de mecánico, se ladeó hacia el volante y puso el coche en marcha.

Sólo entonces abandoné el coche y su compañía.

CAPÍTULO III

Espere allí, inmóvil, bajo la lluvia que, aunque con poca intensidad, continuaba cayendo, hasta que maniobrando dio media vuelta y empezó a alejarse hacia *Lady's Manor*. Esperé, hasta que las luces piloto del coche se perdieron detrás de la curva, y entonces miré a mi alrededor.

La lluvia seguía cayendo; estaba empapado, pero aquello poco o nada me importaba por el momento.

Lentamente, sin acercarme al cadáver de lord Manor, me acerqué a mi coche, subí y lo puse en marcha.

Diez minutos más tarde daba vista al camino a que *lady Manor* se refiriera, y con un golpe de volante penetré en él. Un par de minutos y vi la masa sombría de la casa.

A oscuras, casi siniestra, o por lo menos así me lo pareció a mí.

Detrás mío, la lluvia iba borrando las marcas de las ruedas del coche, como seguramente había borrado las que dejara el de Cecilie Manor. Quizá en el centro de la carretera, quedaron huellas del frenazo del mío, pero de un modo que la policía no podría implicarme en aquello, aunque sólo fuera por el momento.

Lo detuve una vez más aquella noche, y también una más descendí bajo la lluvia acercándome a la casa.

Miré la fachada y los postes de la luz, telégrafo y teléfono. El de bajada me indicó que, además de luz eléctrica, también se podría telefonar, contando, claro, con que existiera un teléfono en el interior, con que no lo hubiesen retirado.

Me acerqué a la puerta y miré a mi alrededor. En la lejanía, algunos relámpagos cuyos truenos ya no llegaban a mis oídos. Definitivamente, la tormenta se alejaba.

Miré la cerradura; era sencilla, por lo que metí la mano en él bolsillo trasero del pantalón y saqué un manojito de ganzúas. Medio minuto escaso me llevó abrirla, y otro medio, o quizá un poco más,

en encontrar el teléfono, luego de haber encendido la luz de la especie de vestíbulo donde me encontraba ahora.

No miré ni el decorado ni nada de lo que había allí, simplemente el teléfono cuyo auricular tomé, acercándomelo al oído.

Disqué, esperando la respuesta. Un segundo, dos, a lo sumo tres o cuatro, y al otro lado del hilo oí la pregunta:

—Precinto de policía. Dígame...

—Hay un hombre muerto en la carretera de San José, muy cerca de la milla veintidós, agente —dije—. Bajo la lluvia.

—Oiga, ¿está bromeando? ¿Quién es usted? ¿Quién es el hombre?

—No le conozco —le interrumpí—. En la milla...

Repetí todo lo anteriormente dicho y añadí:

—Eso es todo cuanto puedo decirle, agente. Y no es una broma.

—¡Espere!

No lo hice. Suavemente deposité el auricular sobre su soporte y también una vez más me vi bajo la lluvia, luego de haber cerrado la puerta a mi espalda; luego también de haber borrado mis huellas del auricular y del disco del teléfono.

Empecé a conducir rápidamente hacia *Lady's Manor*.

Amanecía cuando dejé el coche en el garaje; amanecía cuando entré en la quinta utilizando una de las ventanas; amanecía cuando entré en mi dormitorio para desnudarme a continuación. Me acosté. Esperaba.

Mi espera fue en realidad mucho más larga de lo que supuse en principio, pues eran casi las once de la mañana cuando les oí llegar. No el sonido estridente de sus sirenas, pero sí el ruido de los coches cuando entraron en el camino de grava que iba desde la carretera de San José a San Francisco, hasta la casa; hasta *Lady's Manor*, y me acerqué a la ventana.

Eran dos coches patrulla, de los cuales descendieron varios policías de uniforme, que se quedaron allí, dos en los automóviles, los otros frente al porche de entrada, y el de paisano, solo, que se acercó a la puerta.

Lejos, en la distancia, percibí el sonido de un zumbador, y entonces abandoné mi dormitorio y descendí lentamente hacia la planta baja.

Una doncella de cofia blanca se estaba acercando a la puerta de entrada cuando mis pies se posaron en el último escalón. Allí me detuve justo en el momento en que la doncella abría la puerta y por una de las puertas del fondo del inmenso vestíbulo de mármol aparecía la deliciosa figura de *lady* Manor.

Me asombré al verla; ni una sombra de insomnio en torno a sus ojos, ni pálida, ni nerviosa.

Se había rehecho de un modo rápido y sorprendente; no me saludó con una sonrisa, pero sí con un leve movimiento de cabeza, que se me antojó un tanto distanciante, y luego miró a la figura del hombre que en aquel momento interpelaba a la doncella.

—*Lady* Manor, ¿está en la casa?

—Sí, supongo que sí. ¿De parte de...?

—Policía —respondió el representante de la ley—. Teniente John McDugal del Departamento de Homicidios de San José.

Dio un paso hacia él, observándole atentamente.

Bajo, un tanto grueso, de tipo desmedrado, con algunas hebras de plata en las sienes, y de rostro, en conjunto, vulgar, y con un marcado gesto de ausencia, si se me entiende lo que quiero decir, que se me antojó una pose: ficticio.

Traté de hablar, pero *lady* Manor intervino cortando en flor mi deseo.

—Yo soy *lady* Manor, teniente —dijo. Y su voz era firme; tan firme como altivo su porte—. Entre y no se quede ahí, por favor. —Ladeó la cabeza para mirar a la doncella y añadió—: Puede retirarse, Margaret. Ya la llamaré si la necesito.

Lo hizo así, y apenas si hubo salido dejándonos solos, Cecilie Manor prosiguió:

—¿Ocurre algo, teniente?

Hubo una ligera pausa que se me antojó mortal, y que el teniente rompió al cabo de unos segundos, con una pregunta:

—¿Puedo saber dónde se encuentra su esposo, *lady* Manor?

Ella miró a su alrededor, pareció entonces reparar en mí, e inquirió:

—¿Le ha visto usted, míster Spencer?

Los ojos del policía se desviaron del rostro de Cecilie al mío, pero no pronunció palabra; indudablemente esperaba mi respuesta.

—No —respondí—. Acabo de salir en este momento de mi

habitación.

—¿Es... es que ocurre algo, teniente?

El policía nos miró alternativamente antes de contestar, y lo hizo asimismo con una pregunta:

—¿Puede decirme quién es usted? Si mal no recuerdo...

Lady Manor le interrumpió:

—Míster Spencer es amigo de mi marido. De Boston, según creo. Invitado suyo por unos días.

—¿Cuándo vio por última vez a su marido, *lady Manor*?

Los ojos de Cecilie Manor expresaron infinito asombro:

—¿Verle..., verle...? Bueno, creo que fue anoche, durante la fiesta.

—¿Muchos invitados?

—No, no muchos..., pero eso, teniente, todas esas serie de preguntas, no me dice a qué ha venido usted. Y siéntese, por favor.

—Gracias, pero prefiero continuar en pie..., además de rogarle, si lo tiene a bien, que me acompañe.

La vacilación del teniente McDugal era patente. Andaba en aquel asunto, como vulgarmente suele decirse, con pies de plomo.

—¿Acompañarle a usted? ¿Dónde?

Una vez más, mientras yo permanecía en silencio, McDugal vaciló.

—Me temo, *lady Manor* —dijo finalmente—, que su esposo ha sufrido un accidente.

Ante mi sorpresa. Cecilie se llevó las manos al pecho y su rostro palideció.

—¿Un... un accidente? —tartamudeó—. Un... No, no estará...

—Sí, así es. —Dio un paso hacia ella, yo di otro al ver que se tambaleaba, pero se rehízo casi en el acto, lo que me hizo sospechar que exageraba la nota, que estaba fingiendo—. No... no es nada, teniente. ¿Cómo ocurrió?

—Le asesinaron de un balazo en el centro del corazón, *lady Manor* —repuso ahora McDugal, con manifiesta brutalidad.

Con un ligero grito, Cecilie Manor rodó a sus pies, sin conocimiento, y fue entonces cuando intervine:

—¿Hacía falta eso, teniente?

—¿Usted no lo cree así? —preguntó a su vez, mirándome con sorpresa.

—Por supuesto que no —dije—. ¿Me permite?

No esperé respuesta, me incliné sobre el cuerpo inanimado de *lady* Manor y alzándola en mis brazos la deposité blandamente en el sofá, y luego, ya cerca de los cortinajes, tiré del cordón de la campanilla para llamar a la doncella.

Enfrenté al teniente antes de que aquélla hiciera su aparición.

—Creo, teniente —comenté suavemente—, que sus modales no son del todo... del todo... En fin, creo también que si la invitó, si invitó a *lady* Manor a una visita a la Morgue, pongo por caso, se excedió en el modo de hacerlo. Por otra parte, lord Manor era mi amigo, y yo mismo puedo identificar el cadáver.

El grito de la doncella, que corrió hacia el sofá, me hizo volver la cabeza a la par que me interrumpía:

—*Lady* Manor se ha desmayado —dije—. Vaya en busca de un frasco de sales. —Y añadí, prestando ya de nuevo atención a McDugal—: ¿Por qué no voy yo mismo, teniente?

—Eso sería impropio, míster Spencer.

—¿Sí? Pues mucho más lo sería obligarla a ella en el estado en que se encuentra.

Hubo unos segundos de silencio entre los dos, que McDugal rompió.

—De acuerdo, venga conmigo.

Miré al sofá. No la había oído entrar por segunda vez, pero la doncella estaba allí, junto a Cecilie, dando a oler el frasco de sales. Me dirigí entonces a ella.

—Margaret...

—¿Sí, míster Spencer?

—Cuando se recobre, díglele que por el momento ya está todo arreglado, y que en su nombre me encargaré de todo lo necesario para que el cadáver de lord Manor sea trasladado aquí lo antes posible. —Sin esperar respuesta, avancé hacia la puerta, añadiendo —: Cuando quiera, teniente.

Salió detrás mío, pisando mis talones, hacia uno de los dos coches patrulla.

Entramos, acomodándonos en los asientos traseros y lo mismo que a la llegada, a la ida tampoco hicieron sonar las sirenas.

Pregunté cuando ya nos encontrábamos en la carretera.

—¿Dónde lo encontraron, teniente?

—En la carretera, muy cerca de aquí, aunque mucho más lo estaba de una pequeña casa, algo así como un retiro, que tenía cosa de dos o tres millas a la derecha de la carretera. Algo antes de llegar a San José. Ya la verá al pasar.

Guardé silencio, hasta que estuvimos en el lugar indicado, y entonces McDugal la señaló con el brazo extendido.

—Es allí —dijo escuetamente.

—¿Está tratando, teniente, de decirme que lord Manor fue anoche a esa especie de retiro, como usted dijo?

—Sí. Estoy casi seguro de eso.

Me permití una sonrisa.

—¿Cómo lo sabe?

McDugal me devolvió la sonrisa, y no contestó hasta que nos hallamos ambos en el interior del precinto de policía, de su despacho, sentados frente a frente, en destartalados, grises y viejos sillones.

CAPÍTULO IV

—Tenía una cita aquella noche, pero eso no importa, por el momento. —Hizo una ligera pausa y preguntó—: ¿Hace mucho tiempo que conoce a lord Manor?

Por espacio de unos segundos no dije nada sabía que en un caso dado, el teniente McDugal no tardaría ni diez minutos en averiguar cuál era mi verdadera personalidad, mi verdadera profesión, por lo que respondí con lo único que podía responder: con la verdad.

—Hace unas pocas horas, teniente.

Arqueó una ceja y sus ojillos se avivaron un poco y luego volvieron a su habitual expresión de ausencia.

—Explíquese, por favor.

Lentamente puse sobre la mesa, frente a él, mi carnet de identificación.

—Como ve, teniente —dije—, soy investigador privado. Lord Manor me llamó por teléfono a su quinta, y luego, por correo, una invitación a mi nombre para la fiesta que celebraron anoche. Debo aclarar que ni en la conversación telefónica en la que me anunciaba que iba a recibir una invitación para una fiesta, ni en la invitación propiamente dicha, dio su nombre.

—¿Cuándo se presentó a usted, Spencer?

—En la misma fiesta. Subimos al piso alto y hablamos.

—¿De qué?

—De todo. Lord Manor tenía miedo de ser asesinado. Contrató mis servicios como guardaespaldas, si quiere llamarlo así —respondí, adornando la verdad con algunas mentiras—, pero no pronunció nombre alguno. Quiero decir que no me dijo ni apuntó posibilidad alguna de que supiera de dónde iba a partir la agresión. Luego, una de las doncellas me acompañó a la habitación que me habían destinado. Me despertó el ruido de la tormenta, el estallido de un trueno y el ruido del motor de un coche. Entonces investigué

en el interior de la casa. Sabía dónde lord Manor dormía, y al darme cuenta de que la cama no había sido tocada, salí fuera, tomé mi coche y decidí investigar un poco por mi cuenta.

—En ese caso, sospecho que fue usted quien encontró el cadáver y nos llamó, ¿verdad?

—No, no vi nada en la carretera.

—¿Me está diciendo la verdad, Spencer? Tuvo necesariamente que verle. ¿A quién está tratando de encubrir?

—A nadie. Tomé el camino equivocado. Es decir, conduje en sentido contrario a San José, y luego regresé para acostarme. Terminaba de levantarme cuando se presentó usted en la casa.

Siguió un pequeño silencio que McDugal cortó.

—Quisiera creer eso —dijo, y le interrumpí en aquel momento.

—Antes habló de una cita con respecto a lord Manor. ¿Qué quiso significar con eso, teniente?

Frunció el ceño y vi la duda en sus ojos, pero por fin contestó a la pregunta:

—Mis hombres encontraron huellas de tacones femeninos en la mojada tierra del jardín, tras un seto, junto a una de las ventanas. Pero nada fue forzado, aunque hay indicios de que alguien entró allí antes o después del asesinato de lord Manor en la carretera. Una mujer que posiblemente pudo ser *lady* Manor, la propia *lady* Manor.

—Sí, pudo ser, efectivamente —contesté, sabiendo que sólo podía decir aquello por el momento, sabiendo también que quizá McDugal supiera del caso mucho más de lo que me estaba diciendo.

—¿Qué es lo que sabe usted, Spencer?

—Nada, teniente, nada aún —repliqué—. Ni siquiera tuvimos tiempo de hablar en serio del asunto, por lo que estoy pensando regresar a San Francisco.

—¿De verdad está sopesando esa posibilidad?

—Sí, así es. Aquí ya nada me queda por hacer.

—No diría yo tanto —repuso el policía—. Queda *lady* Manor.

—Ahora, teniente, el que no le entiende soy yo —dijo.

—Pues es bastante sencillo... y confidencial, lo que voy a decirle.

—¿Y es?

McDugal guardó unos segundos de silencio antes de continuar

explicándose.

—La policía, Spencer, cree que la mujer que se reunió en la cabaña con él, antes de ser asesinado, fue la propia *lady* Manor.

Fumé en silencio, meditando sobre la respuesta que iba a darle, y después dije:

—Lo que resulta interesante y bajo mi punto de vista, teniente. Y ahora, ¿quiere decirme cómo los de Homicidios llegaron a esa conclusión?

—No hay un solo indicio de que efectivamente fuera así, pero lo sospechamos. —Sonrió, para añadir a continuación—: Las malas lenguas de San José dicen que el matrimonio Manor duerme separado, ¿comprende?

—No, aún no.

McDugal hizo una mueca con los labios.

—Tal vez lord Manor la obligó a que fuera allí, para resolver algo entre los dos... o bien porque siendo como era su mujer, deseaba, simplemente, pasar la noche con ella. Hubo quizá lucha, cuyos rastros ella borró luego de matarle y...

—¿Dónde encontraron el cadáver, teniente? —le interrumpí—. Usted dijo que fuera de la cabaña, en la carretera, y esto contradice lo que ahora afirma.

—No, si lo mira de este modo, Spencer. Supóngase que por cualquier causa no hubo lucha, sino una discusión en la que ganó ella, o que ocurrió lo que su marido deseaba y después, más tarde, juntos ambos, salieron en el coche hacia *Lady's* Manor, ella al volante. Llegaron a la curva, antes de comenzar la pendiente, antes también de llegar al cambio de rasante, ella detuvo el coche, y cuando lord Manor se volvió para preguntarle qué ocurría, por qué detenía el coche, *lady* Manor le pegó un tiro en el centro del corazón, abrió la portezuela, lo hizo caer en la carretera y huyó de allí. Una vez en la casa, no tuvo nada más que acostarse y esperar al día siguiente, esperar asimismo nuestra llegada.

—Lo que en otras palabras, teniente, quiere decir que sospecha de ella, ¿verdad?

—Sí, así es. Para el Departamento de Homicidios, *lady* Manor es la principal sospechosa; la sospechosa ideal, diría yo.

Justo en aquel momento caí en la cuenta de que McDugal deseaba llevarme a la Morgue y que, por el contrario, se había

desviado del camino introduciéndome en el precinto de policía.

—¿Qué hay de la identificación del cadáver, teniente? —pregunté.

—Iremos ahora; dentro de unos minutos, Spencer. —Dudó unos segundos y añadió—: Me gustaría, si es que no se marcha como me dijo, que colaborara conmigo en esto.

Unos minutos más tarde, tal y como me había dicho, abandonamos el precinto y tomamos el camino de la Morgue.

Vi el letrero a la caída de la tarde.

LENOX, BAR

Me encaminé allí sin saber por qué.

Entré, empecé a cruzar por entre las mesas y entonces la vi. Con los mismos *pantys* calados que cubrían sus esbeltas y largas piernas, la blusa que mostraba nacimiento audaz de los pechos, con una bandeja en la mano donde había una botella y un par de vasos, encaminándose hacia una de las mesas en la cual había sentada una pareja.

Me desvié entonces del camino que seguía y tomé asiento en otra, desocupada, por supuesto, y esperé a que me viera.

No tardó mucho, el tiempo que empleó para servir a la pareja y para volverse hacia mí.

Vi cómo la sonrisa mecánica que había en sus labios, un tanto gruesos, un tanto sexuales, un tanto incitantes se borraba, y luego cómo se me acercaba, hasta que finalmente se detuvo frente a mí, al otro lado de la mesa.

En sus ojos, grandes, pardos y profundos había una mezcla de curiosidad y sorpresa.

—¿Qué va a tomar, míster Spencer? —preguntó.

Contesté a la suya con otra:

—¿Trabaja aquí?

—Sí, así es.

—¿Cómo es que estaba anoche en la mansión de *lady* y lord...?

Me interrumpió.

—Lord Manor siempre contrata a alguna mesera cuando da una fiesta en su casa.

Como ve, así de sencillo.

—De acuerdo, pequeña —dije—, sírvame un *whisky* y otro para usted.

No dijo nada, dio media vuelta y se alejó para regresar al cabo de un par de minutos, con una bandeja en la que sólo había un vaso.

—Perdone —dijo inclinándose hacia la mesa, para soltar el vaso frente a mí—, pero míster Lenox nos ha prohibido que alternemos con los clientes.

—En ese caso, ¿quiere decirme a qué hora termina su trabajo, muchacha? —inquirí.

—Llámeme Leslie, Leslie Farrow, ése es mi nombre.

—¿Cuándo...?

—Sobre las dos de la madrugada.

Tomé el vaso y bebí un poco, muy poco, apenas mojarme los labios, y pregunté:

—¿Siempre va sola a su casa cuando termina su trabajo aquí, Leslie?

Su boca roja se abrió como una flor, en una sonrisa, que no tuvo nada de mecánica.

—No, no siempre..., pero esta noche estoy libre. Si viene a buscarme...

Dio media vuelta y se alejó.

La seguí con los ojos, hacia la barra, donde no llegó, porque antes alguien la llamó desde una de las mesas.

Leslie se acercó, vi cómo se inclinaba hacia el hombre que la interpelaba. De unos cuarenta y cinco años, con el pelo casi blanco, de elegancia indudable, y de rostro, en conjunto, duro y frío, inalterable también, pues a pesar de que me di cuenta de que algo no marchaba bien, de que hablaba con algo de mal humor, no cambió su expresión, pero sí la de Leslie.

Enrojeció primero, palideció después, contestó con algunas palabras, un tanto furiosas, y acto seguido se encaminó a la barra.

Dejé de prestar atención al individuo y fijé mis ojos en el vaso que elevé a continuación para beber.

Casi terminaba cuando oí la pregunta:

—Usted es forastero en San José, ¿verdad?

Levanté los ojos, frente a mí se encontraba el hombre que interpelara a Leslie no hacía ni quince segundos.

—Sí, así es. ¿Por qué?

Señaló una de las sillas, sin responder a mi pregunta, e inquirió:

—¿Puedo sentarme?

—¿Y por qué no?

—Gracias.

Lo hizo, acercándose a la mesa, y prosiguió:

—Me llamó Lenox. Frank Lenox. —Señaló hacia atrás sobre su hombro—. El caso es que... que no está permitido sostener conversación con las chicas de la casa.

—¿Ah, no?

—Perdone, pero usted no lo sabía.

—¿Y advierte usted a todos los forasteros que pasan por San José y vienen a tomar en este bar?

Hubo una pausa, un silencio entre los dos, muy corto, y que el propio Lenox rompió.

—Bueno, sólo algunas veces, ¿sabe? Y ahora... ahora, si desea a esa chica, puede venir a sentarse con usted, es lo que vine a decirle.

—¿Y por qué conmigo precisamente? —pregunté.

—¡Hombre! Leslie me dijo... me ha dicho que le conoció anoche en la fiesta de lord Manor y eso cambia las cosas.

—¿Qué cosas?

—¡Diablos! —exclamó—. ¿Es que no lo sabe?

—No; confieso que no.

—El caso es... Bueno, lord y *lady* Manor venían algunas veces por aquí. Se puede decir que todas cuantas pisaban la ciudad. Y ahora... ahora...

—El ha muerto asesinado... y yo puedo ser amigo de la casa. ¿Es eso lo que desea decirme, míster Lenox?

—No con esa crudeza —me respondió, poniéndose en pie—. ¿Desea que le envíe a Leslie?

—No, gracias —repuse, tomando el vaso y llevándomelo a continuación a los labios.

Se fue con un saludo y una sonrisa, y le vi desaparecer detrás del mostrador por una puertecilla que indudablemente daba al interior de su vivienda particular.

Terminé con el *whisky*, consulté el reloj, y entonces fue cuando tuve la idea. Esperé, pues, a que en una de las vueltas, los ojos de Leslie tropezaran con los míos y la llamé curvando uno de los dedos

de mi mano derecha. La muchacha se me acercó y quedó en pie, al otro lado de la mesa, mirándome curiosamente, a la expectativa, respirando suavemente.

Rompí el silencio con una pregunta:

—¿Por qué no te quitas esos trapos, te vistes y nos largamos por ahí a dar una vuelta?

Aceptó el tuteo con una sonrisa.

—Eso no le gustaría a míster Lenox —respondió.

—Hablé con él, ¿sabes?

—Aun así, quizá perdiera mi empleo.

—En vez de estar discutiendo aquí, conmigo, ¿por qué no vas y se lo preguntas?

Me mostró su roja lengua en una mueca burlona, dio media vuelta y se alejó hacia el mostrador.

A mi alrededor, las parejas hablaban y reían, se besaban quizá en los rincones del bar, en las apartadas mesas, pero no me di cuenta de nada de aquello; mi atención estaba pendiente en la aparición, o mejor dicho, en la reaparición de Leslie.

Tardó bastante en volver; cosa de veinte minutos, en el transcurso de los cuales nadie se me acercó; nadie tampoco trató de interrumpir mis meditaciones, y asimismo nadie me vigiló. Por lo menos, esto es lo que sospechaba.

Se había cambiado; esto por descontado. Las medias caladas y negras habían desaparecido de sus piernas y ahora las llevaba cubiertas con otras color carne, la blusa era la misma, amén de una minifalda, la más corta que yo había visto en mi vida. Zapatos blancos, de corte moderno, de largo y gordo tacón, y un bolso colgado del hombro derecho por la correílla.

—¿Nos vamos, Spencer? —preguntó—. Y a propósito, ¿cuál es tu nombre?

—Dick —respondí.

—¿Nos vamos, Dick?

Salimos, ella colgada materialmente de mi brazo.

—¿Dónde vas a llevarme? —inquirió, ya sobre la acera.

—Podemos dar un paseo en coche.

—¿Y después? —quiso saber.

—Eso, querida, no lo sé ni yo mismo.

No respondió, por lo que empecé a conducirla hacia el lugar

donde tenía mi coche.

CAPÍTULO V

Justo al llegar a la esquina vimos a la pareja del brazo, el gesto de sorpresa de ambos, que se detuvieron frente a nosotros. Ella, una rubia oxigenada, joven, hermosa, vestida con traje de noche, con una sonrisa en los labios, apenas cubiertos por un leve toque de *rouge*, y él con el semblante frío, hermético, impasible.

La rubia me tendió la mano.

—Hola —dijo.

—Hola —respondí, sin tenerlas todas conmigo, lo confieso—. ¿Dónde nos hemos visto antes? La verdad es que...

—Estaba usted bastante distraído con cierta dama que le presentaron. ¿No recuerda aún?

—¿Se refiere a la casa de lord Manor? —pregunté.

—Por supuesto que sí. Es usted un mal fisonomista, míster Spencer.

—Disculpe, pero en eso lleva razón. Y a pesar de lo dicho, aún no sé...

—Ross Warren, mi marido, y...

—Perdóneme de nuevo, *mistress* Warren —la interrumpí—. Ahora les recuerdo...

Mistress Cecilie Warren y...

—Sí, así es —cortó a su vez el marido—. Celebro haberle visto. ¿Nos vamos, Cecilia?

Me sentí mordaz como pocas veces; solté la mano de la rubia, y sonriendo, pregunté:

—Supongo que no irá a otra fiesta como la de anoche, ¿verdad?

Esperaba que fuese míster Warren el que me diera la respuesta, y no me equivoqué.

—¿Por qué no hemos de ir?

—Porque si el anfitrión muere de forma violenta, la policía se va a mostrar esta vez en extremo suspicaz.

Y tuve la satisfacción de ver cómo los ojos de míster Warren se helaban, contrastando con los de su rubia esposa, que se me mostraban cargados de regocijo.

—Sabemos que le mataron, míster Spencer —me respondió. Y su voz era tan helada como el frío de sus ojos—. Lo leímos en el periódico. La radio también dio, no hace mucho, un boletín de noticias, y, además, ambos nos encontrábamos en casa cuando asesinaron a lord Manor. Los criados pueden atestiguar eso. Ese teniente de Homicidios, McDugal...

Extendí la mano hacia él, con la palma hacia arriba, en señal de paz india, y repuse:

—Nadie le está acusando a usted de haberlo hecho, Warren. Y tampoco en el supuesto de que en realidad le hubiese matado usted, soy quien para hacerlo.

—Pues claro que sí que puede —exclamó ella, cada vez más risueña—. Cualquier amigo de lord Manor debe hacerlo..., debe ir a la policía y explicar todo lo que sabe respecto al crimen, en cuyo caso, si sabe algo de mi marido..., expóngalo. Me gustaría saber cómo se desenvuelve Ross ante una acusación de asesinato en primer grado.

—¡Cecilia!

—¿Qué, gatito? —exclamó ella—. ¿Es que no te gustaría? Después de todo, *lady* Manor es una mujer que agrada a los hombres. A todos los hombres... y tú... tú no eres la excepción de la regla.

La mano de Warren estaba crispada en el brazo de su mujer, cuando respondió de mal talante, mientras que a nuestros oídos resonaba la risa contenida de Leslie:

—Como broma estás pasándote de la raya, querida. ¿Nos vamos?

—Cierto que sí —repuso ella, empezando a andar—. Y por favor, míster Spencer, no tenga muy en cuenta mis palabras. Me arruinaría si a mi esposo le cargaran un crimen como ése.

Su voz regocijada aún resonaba en mis oídos cuando empecé a conducir buscando la salida de San José por la carretera de San Francisco, hacía *Lady's* Manor; una vez más, hacía *Lady's* Manor, preguntándome *in mente* qué poderosa fuerza me llevaba hacia allí, y a santo de qué intervenía en un asunto como aquél..., a pesar de la invitación a su fiesta, del asesinado lord.

Habíamos dejado atrás el cambio de rasante, y el coche empezaba a deslizarse cuesta abajo, ya muy cerca del camino que conducía desde la carretera a *Lady's Manor*, cuando Leslie preguntó:

—Fue por aquí donde le mataron, ¿verdad?

Respondí a su interrogación con otra.

—¿A qué hora abandonaste la fiesta, muchacha?

Sus hombros se estremecieron.

—Tan pronto como se marchó el último invitado, Dick... No lo recuerdo con exactitud, pero eran muy cerca de las dos de la madrugada.

Lady's Manor estaba a la vista, cuando respondí:

—¿Notaste algo extraño en alguno de los invitados? Por ejemplo, ese matrimonio, los Warren, ¿qué tal son?

Una sonrisa fugaz jugueteó por entre sus labios durante unos segundos, antes de responder:

—Tú mismo los has visto, Dick. Son amigos de lord y *lady* Manor. Y también es verdad lo que *mistress* Warren dijo. A su marido le gusta con exceso *lady* Manor. Eso lo saben todos en San José, pero lo cierto es que, y eso también lo ha dicho *mistress* Warren esta noche, le ocurre a todos los hombres que la ven.

—¿Algún amigo?

A través del espejo retrovisor vi sus ojos fijos en mi rostro.

—¿Te refieres a un amante?

—Sí, así es. *Lady* Manor es una mujer...

—¡Sé cómo es! —cortó ella.

—¿Quién es el hombre?

—¿El de *lady*...? Bueno, eso no se sabe. O por lo menos, nadie puede señalarlo con el dedo. Ni a él ni a ella. Los Manor alternan mucho o alternaban, tanto con gentes de San José como de San Francisco. Puede que sí, que efectivamente sea la querida de alguien, pero ni yo ni nadie sabe quién es... en el caso que ese amante exista. No sé si me explico bien, pero es la verdad lo que te estoy diciendo. —Pareció darse cuenta, ahora por primera vez, que nos encaminábamos a la casa y preguntó—: ¿Por qué me has traído aquí, Dick?

—Necesito hablar con *lady* Manor, aunque sólo sean unos cuantos segundos.

—¿De los negocios que tenías con su marido? ¿Es que hay algún problema entre lord Manor y tú... de antes que le asesinaran?

—¿Problemas? No, ninguno. Oye, ¿quién te ha dicho tal cosa?

Se encogió de hombros, respondiendo:

—Hablaban las doncellas y los criados, la noche de la fiesta, Dick. De ti y de lord Manor. —¿Sí?— me interesé en el acto. —¿Y qué decían?

—Que tú... no eras lo que aparentabas. Decían... decían que lord Manor jamás antes de anoche citó a nadie tu nombre, como hombre que compartiera contigo tal o cual negocio. Dime la verdad, Dick, ¿es cierto que lord Manor era tu amigo?

—Sí, así es, Leslie —repuse, mintiendo una vez más—. Temamos negocios en común. Y si él, antes de ahora, no citó mi nombre en parte alguna, sus motivos tendría.

No respondió, por lo que ya no hablamos más hasta que detuve el coche frente al porche.

—¿Vienes conmigo?

—No. Como comprenderás, *lady* Manor no se mostraría muy hospitalaria con una muchacha que se gana la vida como mesera en un bar y que enseña las piernas a los clientes, aunque sean unas piernas como las mías.

—Espérame aquí, entonces. No tardaré. Si deseas un cigarrillo, en la guantera encontrarás tabaco.

No esperé contestación; salté fuera del coche, subí los escalones del porche y tiré del cordón de la campanilla.

La doncella que ya conocía me abrió la puerta.

—¿*Lady* Manor? —pregunté.

La muchacha contestó con una sonrisa.

—Sí.

—Avísela, ¿quiere? —pedí.

Me introdujo en el vestíbulo.

—Espere un momento, por favor, míster Spencer.

Lo hice por espacio de un par o tres de minutos.

—*Lady* Manor le recibirá —dijo al volver a mi lado—. Por aquí, por favor.

Pensé que quizá la doncella no sabía que aún mi habitación y mis cosas estaban en el piso alto de aquella casa, o que *lady* Manor había cambiado de idea, a pesar de que no fue suya la de tenerme

allí, la de invitarme a su fiesta, y seguí a la doncella hasta el *livingroom*.

El hombre que en aquel momento estaba besando suavemente la boca de *lady* Manor era alto, atlético, joven, de pelo negro y ojos grises, lo que vi luego de que me enfrentó, y elegantemente vestido.

Tosí discretamente y se separaron ambos, volviéndose al unísono a mirarme.

—Buenas noches, *lady* Manor —dije por todo saludo—. Quiero hablar con usted ahora, si me lo permite. —Lancé una fugaz mirada a su acompañante que, a su vez, me observaba atentamente y objeté —: En privado, por favor.

No vestía de negro, no parecía tampoco sentir pena alguna por la muerte, por el asesinato de su marido.

—Buenas noches, míster Spencer —me respondió—. ¡Ah! Es verdad, ustedes no se conocen... Míster Robert Dalton, abogado de la familia, y un buen amigo de mi esposo.

El letrado me alargó la mano y tras los saludos de rigor, Cecilie Manor señaló uno de los sillones.

—Siéntese, por favor —pidió—, y puede hablar sin ambages. Para Robert jamás hubo secretos en esta casa.

Nada tuve que objetar a aquello, pero la verdad es que me hubiese gustado hablar con ella, como dije, en privado.

Tomé asiento pues, en silencio, y nos miramos por espacio de unos segundos, que Cecilie rompió con una pregunta:

—¿Va a quedarse mucho tiempo con nosotros, míster Spencer?

Les miré alternativamente.

—Eso aún no lo sé, *lady* Manor —dije.

En aquel momento intervino Dalton.

—Creí, que una vez muerto lord Manor, usted regresaría a Boston.

No dije nada en unos segundos. Pensaba en la conveniencia de decirles o no la verdad... Mejor dicho, había ido allí con aquel propósito, pero la presencia del abogado limitaba un tanto las posibilidades que tenía para poder lograr que *lady* Manor me explicara algunas cosas más. Me decía asimismo que posiblemente aquella noche perdí la oportunidad, cuando entre mis brazos se encontraba asustada, completamente aterrorizada, de obligarla a que me contara más cosas, más detalles de su vida íntima y de la de

su marido, que no ahora, examinando ya el asunto con toda frialdad.

—No, no voy a hacerlo por el momento, míster Dalton —respondí luego de unos segundos de silencio—. Sólo vine a retirar mis cosas que aún están en la habitación que lord Manor tuvo a bien prepararme.

No esperaba aquello, que me tomó de sorpresa, y a juzgar por la mirada que le dirigió, a Dalton también, cuando Cecilie contestó:

—Le agradeceré que se quede aquí por unos días, Spencer. Hasta que usted termine los negocios que le trajeron a San José.

Era como una ayuda que ella me prestaba, por supuesto sin saberlo, y me así a ella.

—Gracias —dije—. Voy hacerlo así, como ya le dije —hice una pausa y sin mirarles a ninguno de los dos proseguí—: Quiero al asesino de lord Manor. El... Bueno, era mi amigo, y no voy a abandonar San José hasta que la policía no de con él.

Me puse en pie, ante el asombro de los dos, y caminé hacia la puerta.

—¡Espere!

Me detuve, y miré a Dalton.

—¿Sí...?

—¿Está tratando de decirnos que..., que... usted, por su propia cuenta y riesgo va a tratar de ayudar a la policía?

—Sí, así es —respondí, sabiendo que era un motivo más el que ahora él me daba para hablar con claridad—. No soy amigo de nadie en San José; ni siquiera de lord Manor, aunque él dijera lo contrario presentándose en la fiesta de ese modo —hice una nueva pausa sin que ninguno de los dos me interrumpiera y ante sus miradas entre curiosas y expectantes proseguí—. Soy detective privado y lord Manor me contrató en Frisco porque, según me explicó una vez aquí, esperaba que le asesinaran. Es decir, sabía positivamente, y no se equivocó en esto, como ya se ha visto, que iban a matarle.

El silencio que reinó ahora entre los tres se retorció como una culebra. Lo rompió Dalton.

—¿Le dijo de quién sospechaba..., si es verdad lo que nos está diciendo usted, Spencer?

—Sí, así fue.

—¿Y...?

La voz de Cecilie Manor sonó angustiosa.

—Si pronunciara un nombre, *lady* Manor —respondí—, usted sabría tanto como yo..., o como la policía. Por lo tanto, y por el momento, ya que son sólo sospechas y tal vez una acusación sin fundamento hecha por el difunto lord Manor, voy a guardar el secreto hasta más adelante.

Me volví en redondo y ahora sí alcancé la puerta sin que ambos trataran de interrumpirme, de impedírmelo, con cualquier clase de pregunta más.

En el *hall* encontré a la doncella que abrió la puerta por delante de mí, dedicándome otra de sus sonrisas.

Lentamente, mientras ella cerraba a mi espalda, caminé hasta mi coche. Una tenue voluta de humo azul parecía escaparse por la ventanilla. Por lo demás, todo en su interior parecía en calma.

Me acerqué más y abrí la portezuela.

CAPÍTULO VI

Se había dormido; el cigarrillo, escapado de su mano humeaba en el suelo amenazando con quemar la alfombra que había en el fondo del coche. Me incliné, lo tomé, y lo apagué contra el cenicero.

Sonreí cuando alargué la mano para sacudirla por un hombro.

—Vamos, muchacha —dije—, despierta, que nos vamos. Por ésta no...

Entonces cayó hacia delante, la cabeza colgando y la temosa mata de pelo también hacia delante, cubriéndole casi todo el rostro, contra el tablier, y luego de allí, hubiera ido entre el freno y el embrague, pero la tomé antes entre mis brazos, con los ojos fijos ya en el feo agujero que tenía en la nuca.

Lenta, muy lentamente, también con extraordinaria suavidad, la recosté contra el respaldo del asiento y miré la casa, ya con la mano en la funda sobaquera, acariciando un tanto nerviosamente la culata del revólver calibre 22 que allí llevaba.

Estaba en un lío..., o tal vez no. ¿Esconder el cadáver durante cierto tiempo? Podía hacerlo, pero sospechaba que no sería por muchas horas. Alguien la echaría de menos en seguida; Lenox entre otros.

¿Entrar en la casa para llamar a la policía...? Mi coche no tenía teléfono, y hasta llegar a San José no encontraría una sola cabina todo el trayecto; por lo menos ni a la ida ni a la vuelta a *Lady's Manor* las había visto.

¿Qué sabía Leslie que no me dijo y que le costó la vida? Fuera lo que fuese, contesté a mi propia pregunta, todo parecía girar en torno a la quinta de los Manor, todo alrededor de Cecilie Manor... y su desconocido amante. Tal vez Leslie, aquella noche, vio u oyó algo que le costó la vida. Algo a lo que quizá ella no dio excesiva importancia, pero no así el asesino.

Seguro ya, o por lo menos lo creía así, que el asesinato de Leslie

era consecuencia del primero, abandoné el coche, cerré la portezuela con llave después de bajar los cristales de las ventanillas y con precauciones, no deseando borrar alguna posible huella, examiné los alrededores con resultado negativo.

Al terminar, aún vacilé un poco antes de decidirme, hasta que opté por la única posibilidad, la que me quedaba; llamar a la policía. Esconder el cadáver era complicar aún más las cosas y al saberse luego, me podía ocasionar un indudable disgusto, no sólo con la policía de San José, sino también con la de Frisco.

Lentamente, con el cigarrillo que encendí colgado materialmente en la comisura de la boca, retrocedí sobre mis pasos y por segunda vez en poco tiempo, tiré del cordón de la campanilla.

Me abrió la puerta la propia *lady* Manor, acompañada de Dalton, que al parecer ya abandonaba la casa.

¿El desconocido amante de la dama que tenía frente a mí, mirándome ahora con evidentes muestras de sorpresa?

—¡Usted! —susurró.

Algo en mi rostro debió ver Dalton, pues preguntó antes de que yo pudiese pronunciar una sola palabra:

—¿Ocurre algo, míster Spencer? ¿Qué es lo que no marcha bien?

—¿Puedo usar el teléfono, *lady* Manor? —Fue lo que pregunté.

—Sí, claro, entre. No olvide que aún continúa siendo el huésped de..., de lord Manor.

Crucé el umbral, notando cómo alguien cerraba la puerta a mi espalda, luego los pasos de los dos, en mi seguimiento.

Tenía ya el auricular en la mano cuando Dalton preguntó:

—¿Puede decimos lo que ocurre? *Lady* Manor se está poniendo nerviosa.

Era verdad; también había palidecido; sus grandes ojos estaban fijos en mí en forma obsesiva, y había un rictus extraño en su boca, y me pregunté si tal vez se trataba de miedo.

Pero ¿por qué?

—Traje conmigo a una muchacha que dejé en mi coche cuando entré. Alguien la mató mientras estábamos hablando aquí.

Lady Manor dio un gemido y se dejó caer en uno de los sillones, con el rostro color tierra, y hasta mi llegó el crujir de sus dientes.

—Está a punto de gritar, míster Dalton —dije fríamente—, si lo hace, dele un par de bofetadas.

Empecé a discar... y unos segundos más tarde estaba en comunicación con McDugal.

—Mande a un par de hombres a *Lady's Manor* —dije, después de identificarme—. Han matado a una de las meseras del Lenox, en el interior de mi coche.

—¿Qué...? Oiga, Spencer, repita eso, por favor.

Se lo repetí.

—No se marche de ahí —fue su respuesta—, y si no lo ha hecho ya, tampoco toque nada del interior de su coche. Iremos con una ambulancia.

No pude responder porque él cortó en aquel momento la comunicación.

Depositando él auricular sobre su soporte, me volví a mirarlos.

Dalton estaba arrodillado casi a los pies de Cecilie Manor, sosteniendo en la mano un vaso más que mediado de *whisky*, que le ofrecía.

Oí también su voz, en un leve susurro.

—Bebe un poco, Cecilie, te hará bien. Vamos, pequeña, te está haciendo falta.

Su mano temblaba cuando se llevó el vaso a los labios, desviando los ojos hacia mí.

—¿Cómo..., cómo ocurrió, Spencer? —preguntó tan pronto como terminó de beber—. ¿Cree acaso que lo sé, *lady Manor*? Simplemente que la mataron de un tiro en la nuca, cuando estaba plácidamente fumando, esperándome.

Ella no dijo nada, lo hizo Dalton.

—Escuche, Spencer —dijo—, ¿qué le parece si me voy ahora? Comprenda que no deseo que... nadie me vea aquí, por lo menos esta noche.

Miré a Cecilie.

Lady Manor tenía los ojos bajos, fijos en el fondo del vaso, al parecer tan ensimismada en sus propios pensamientos que no se daba cuenta ni de lo que la rodeaba, ni de las palabras de Dalton.

«Comprenda que no deseo que...»

La petición era hecha por causa de *lady Manor*. Aquello era obvio para mí, por lo que respondí:

—Van a venir de un momento a otro, míster Dalton.

—¿Y...?

—Váyase si lo desea..., pero espero que nos volvamos a ver antes de la encuesta preliminar por estos asesinatos. Pero me temo que se tropezará con ellos antes de llegar a San José.

—Daré un rodeo. No se preocupe por eso, Spencer —introdujo la mano en el bolsillo, sacó una de sus tarjetas y me la ofreció—. Me encontrará en esa dirección tan pronto como lo desee... y gracias.

No repliqué, pero le acompañé hasta la puerta.

No salí con él, esperé a que su coche, situado en la trasera del edificio hubiese arrancado, y entonces regresé al lado de *lady Manor*.

Se había bebido el *whisky* que Dalton le preparara y tenía otro en el vaso recién escanciado, cuando yo llegué a su lado.

Su rostro, vuelto hacia mí, reflejaba miedo, terror intenso, y su palidez de cera me impresionó casi tanto como aquella patética expresión de miedo o terror.

—Ahora..., ahora ya no creerá que fui yo la que maté a mi marido, ¿verdad?

—Nunca dije que usted le matara, *lady Manor* —repuse.

—Pero lo pensó así. Incluso puede que ahora lo piense también.

—¿Sí...? ¿Quiere decirme en base de qué genial idea? —pregunté.

—Usted..., usted, Spencer, puede creer que yo le asesiné, que Leslie, esa muchacha, vio u oyó algo, y que..., que algún amigo mío, por encubrirme, la mató a su vez. Es así como piensa en realidad.

Me acerqué al bar, sin ser invitado a ello, escancié un *whisky*, y me volví a mirarla con el vaso en la mano.

—Escuche, *lady Manor* —dije con suavidad—, mi cuna no es... tan brillante y por supuesto tan limpia como la suya. Mi educación también deja bastante que desear... y el codearme con gentes... perdone, con personas como usted, su marido y ese abogado... míster Dalton, me cuesta un trabajo ímprobo; mi vocabulario también deja bastante que desear..., por lo que si usted le mató, si consigo probarlo, la enviaré a la cámara de gas. Eso por supuesto. Ya ve que lo afirmo sin dorar la píldora, precisamente por eso, por mi falta de... todo lo que le he dicho, incluyendo asimismo mi falta de tacto para expresar las cosas, que digo exactamente como las pienso. Y la...

—¿Ha terminado ya, Spencer?

Fui a responder, cuando llamaron a la puerta.

Los ojos de Cecilie se mostraron fríos ahora, inexpresivos, y los colores volvieron a su rostro en un brusco cambio que me sorprendió como antes me habían sorprendido otras cosas.

—Abriré yo —dijo.

Y su voz era tanto o más firme que la expresión de su bello semblante.

Caminó hacia la puerta, produciéndome, de espaldas a mí, la impresión de que avanzaba desnuda, deslizándose sobre las baldosas del suelo, como si en vez de caminar sobre ellas, hubiera emprendido un suave vuelo.

Era la policía.

El teniente McDugal entró completamente solo, pero sospeché que los demás estaban fuera, examinando mi coche... para luego llevarse a la Morgue a Leslie. Exactamente lo mismo que había ocurrido con el marido de *lady* Manor.

—¿Puede explicarme cómo ocurrió todo, Spencer?

Me encogí levemente de hombros.

—Ojalá lo supiera, teniente —repuse—. Vine aquí a retirar mis cosas y de paso a hablar un poco con *lady* Manor. Dejé a la chica fumando en el interior del coche, y cuando regresé, estaba muerta. Un tiro en la nuca... y si desea examinar mi pistola, puede hacerlo ahora mismo.

Antes de terminar de hablar, McDugal estaba denegando con la cabeza.

—Pudo cambiar de arma —afirmó fríamente—, cosa que ya averiguaremos más tarde.

—¿Y ahora...? —inquirí, sin inmutarme.

—Ahora..., ¿puede decirme dónde recogió a Leslie?

—En el Lenox —conté mi entrevista con el dueño del bar, sus palabras, su invitación final para hacer venir a la muchacha a mi lado si lo deseaba, y terminé diciendo—: Eso es todo, teniente. Como verá, demasiado poco.

McDugal, asaeteado por los ojos de *lady* Manor, dejó transcurrir unos cuantos segundos de silencio, al cabo de los cuales comentó:

—Me temo, Spencer, que se ha metido en un buen lío.

—¿Por qué? ¿Piensa acusarme de ese asesinato? Puede hacerlo,

desde luego, pero no prosperará esa acusación, teniente, y usted lo sabe. Le falta el motivo.

—Indudablemente es así —replicó McDugal sin alterarse—, pero lo buscaré; y si lo busco, tenga la seguridad que lo encontraré.

—¿Alguna otra cosa?

—No... por el momento... pero vamos a llevarnos su coche. Entretanto, no se mueva de San José sin avisarme antes. ¡Ah!, quiero saber dónde va a hospedarse.

Lady Manor intervino en aquel momento, cortando en flor la respuesta que yo iba a darle al policía.

—Aquí. No olvide que mi difunto marido le invitó por unos días..., invitación que yo hago ahora extensiva. Y ahora, teniente, si no desea otra cosa..., si no tiene base para detenernos a ninguno de los dos..., le ruego que se vaya. Estoy muy cansada con tanto ajetreo. Y créame, con una noche y con un día, ya es bastante.

El policía fue hacia la puerta, y Cecilie le llamó antes de que llegara a abrirla.

—¿No tiene ninguna prohibición para mí, teniente? —preguntó. McDugalladeó la cabeza y la miró.

—No, ninguna, *lady Manor* —dijo calmamente—, pero no estaría de más que usted tampoco abandonara San José, por lo menos sin que yo lo supiera.

—Pierda cuidado, le avisaremos si así lo decidimos en un momento u otro.

Desapareció de nuestra vista sin responder, y ambos quedamos solos en el centro del *living-room*, observándonos mutuamente, hasta que Cecilie rompió el silencio.

—No le mentí a ese policía cuando le dije que estaba cansada, Spencer —dijo—, por lo tanto me voy a dormir. Las preguntas para mañana.

Dio media vuelta, se alejó hacia la escalera del fondo, y tras una ligera duda, la seguí. Empezamos a subir hacia la planta superior, el uno detrás del otro, y de este modo, en silencio, alcanzamos el pasillo.

Mi dormitorio estaba antes que el suyo, por lo que me detuve ante su puerta y la abrí. Un par de pasos por delante de mí, *lady Manor* se detuvo a su vez, y luego se volvió a mirarme.

—Creo que cuando se vaya de aquí, Spencer, no va a quedar

muy satisfecho de mis dotes como anfitriona, ¿verdad?

—¿Por qué lo dice? —inquirí.

—Porque aún no se me ha ocurrido mirar para ver cómo le han instalado a usted en esa habitación.

Crucé el umbral llevándola detrás, y también sin responder a sus palabras.

CAPÍTULO VII

Cerré la puerta a nuestra espalda. Cecilie me estaba mirando cuando terminé de hacerlo, y confieso que lo esperaba todo menos la pregunta que me hizo:

—¿Por qué no lo dice de una vez, Dick? ¿Por qué no es lo suficientemente sincero?

—Me gustaría saber a qué se refiere, *lady* Manor.

—Usted... —Se me acercaba—. Usted... me vio besándome con Dalton, ¿verdad?, y sospecho que ya tiene su idea; que ya me ha condenado después de juzgarme.

—¿He dicho algo de eso?

Cecilie hizo un gesto de impaciencia y contestó:

—Por supuesto que no. Y eso es lo malo, Dick, usted nunca dice nada, pero piensa... Y... Y... Bueno, nos hemos besado muchas veces... y quizá nos besemos más. Entre nosotros, entre los de nuestra clase, un beso no significa nada. Si acaso..., si acaso, es una prueba de buena amistad, pero nada más.

—Sé todo eso.

—No es mi amante, ¿comprende? No hubo nunca otro hombre —miró la cerrada puerta y más cerca ya, casi rozándome, prosiguió—: Sea como fuere, Dick, no voy a rechazarle a usted.

No lo hizo cuando, sin pronunciar palabra, vino a mis brazos. Poco después, sumía la habitación en la oscuridad.

Un bocadillo, una lata de cerveza, podía tomarse en cualquier parte, por lo que me encaminé al Lenox.

No había visto ninguno de los diarios de la mañana, tampoco sabía si San José tenía, o no periódico propio, pero sospechaba que la noticia del asesinato de lord Manor tenía que venir ya en la primera plana, si no del periódico de San José, sí en los de Frisco. Entré pues en el *snak-bar*, y sin lanzar una mirada a mi alrededor,

crucé por entre las mesas, desocupadas la mayoría, y fui directamente a la barra, donde me acomodé.

—¿Qué le sirvo?

Consulté el reloj antes de responder al barman.

—Un bocadillo de jamón y una lata de cerveza.

Al terminar, teniendo ya lo pedido frente a mí, pregunté:

—¿Dónde puedo ver a míster Lenox?

Vi la curiosidad en sus ojos, quizá un poco de sorpresa ante mi pregunta, y luego contestó:

—Creo que está dentro.

Tomé un bocado y respondí con la boca llena.

—¿Quiere decirle que Dick Spencer está aquí?

Y vi asimismo la duda en sus ojos; algo fugaz, que sólo duró un segundo, y por fin respondió:

—Le avisaré, míster Spencer.

Asentí con un leve gesto de cabeza y de la lata de cerveza tomé un sorbo.

Mediaba el bocadillo cuando apareció detrás del mostrador, viniendo de la llamada trastienda.

—Joe me dijo que deseaba verme, míster Spencer.

—Sí, así es —respondió—. Quiero hablar con usted.

Me miró dubitativo y repentinamente señaló las mesas que había a mi espalda.

—¿Por qué no nos sentamos por ahí? —inquirió.

No respondí, hice una seña al barman, me aparté del mostrador y tomé asiento en una de las mesas, cerca de una de las ventanas que daban a la calle.

Cuando lo hice, cuando terminé de hacerlo, me di cuenta de que Lenox estaba ocupando ya otra.

Nos miramos en silencio poco después, un silencio que duró tal vez más de tres o cuatro segundos, hasta que de un modo repentino, cuando yo creía que debía romperlo de cualquier modo, lo hizo el, con una pregunta:

—Supongo que desea hablarme de..., de... esa muchacha. De Leslie, ¿no?

—Sí, así es.

—Sé que la mataron anoche, en el interior de su coche. —¿Lo publican los periódicos?— inquirí.

—No —me respondió—, pero estuvo aquí la policía.

—¿Y...?

Hizo una mueca Lenox y respondió.

—Creí que era usted el que deseaba hablar conmigo.

—Sí, así es —hice una ligera pausa, y añadí—: Dígame, Lenox, ¿qué amistades tenía Leslie?

Frunció el ceño.

—Confieso que no entiendo bien esa pregunta.

—Es sencilla. Amigos y amigas entre otras. ¿Cómo y dónde vivía?

—Al final de esta misma calle, en la penúltima casa. Tiene una verja de hierro y un jardín con un enarenado camino, al que se llega a la puerta principal, pero no le aconsejo que vaya ahora.

—¿Por qué?

—La policía, ese teniente de homicidios... Bueno, estuve allí con él, ¿sabe?, y vi cómo luego sus hombres ponían precintos en puertas y ventanas.

No dije nada en unos segundos, los que empleé para beber una poca de la cerveza que me quedaba.

—Observo —dije calmadamente—, que aún no me ha dicho qué clase de amistades frecuentaba Leslie.

—Leslie era de un carácter muy independiente, míster Spencer —me respondió—, por otra parte era mi empleada y nunca me meto en la vida privada...

—Sé todo eso —corté—, o por lo menos lo supongo. ¿Algún pariente? Creo que eso sí me lo podrá decir.

—Sí, posiblemente sí, pero antes... voy a hacerle yo, a mi vez, otra pregunta. ¿Puedo?

Me encogí de hombros, dando la callada por respuesta, y entonces añadió:

—¿Quiere decirme qué interés le mueve a usted en todo esto, míster Spencer?

—Al parecer —y estoy seguro de que mi voz sonó con tanta calma como en un principio—, olvida que a Leslie la asesinaron en mi coche.

No contestó en unos segundos.

—Tiene una hermana aquí, en San José, pero no se llevan muy bien, o por lo menos, estaban algo distanciadas.

—¿Soltera?

—¿Quién? ¿La hermana?

—Sí, así es —respondí.

—Sí, es soltera.

—Deme las señas, ¿quiere?

Lo hizo, tras una ligera duda, tomé nota en un papel y finalmente formulé la pregunta que más me interesaba, la que quise hacerle desde el momento en que entré en el *snack-bar*.

—Dígame, Lenox, ¿quién, además de nosotros dos, sabía que la muchacha estaba conmigo?

Hizo una mueca.

—Esa misma pregunta ya me la hizo la policía.

—¿Y qué les respondió usted?

La mueca de los labios de Lenox se repitió.

—Nadie, y todos.

—Eso no lo entiendo bien.

—¿No...? Pues es la única que puedo darle. Nadie lo sabía, pero fueron muchos los que la vieron hablar con usted en aquella mesa —y la señaló—. Fueron muchos también, entre los clientes, los que supusieron que tratándose de un forastero y una muchacha como Leslie... al final sería el mismo.

—¿Quiere decir que ella...?

—Bueno, no siempre, pero sí solía hacerse acompañar de vez en cuando. Quizá por eso se distanciaba de su hermana, o su hermana se distanció de ella.

Se puso en pie, y permanecí sentado, con la lata de cerveza en la mano, mirándole fijamente, observando asimismo cómo él también me observaba con el rostro impasible, de Buda chino.

—Buenos días, míster Spencer —dijo por fin—, venga cuando guste. Aquí será, por supuesto, bien recibido.

No esperó respuesta, dio media vuelta, rodeó el mostrador a la inversa y le vi desaparecer por la puertecilla que daba a la trastienda.

Lentamente, saboreándola ahora, terminé con la lata de cerveza, dejé casi sin consumir el bocadillo de jamón y me acerqué a la barra para abonar lo consumido. Hecho esto giré en redondo sobre mis tacones y salí a la calle.

Llamé dos veces, pulsando el blanco botón que había en la puerta, antes de que Hellen me franqueara el paso.

Rubia, de ojos azules, grandes y rasgados, cubriéndose sencillamente con una escotada blusa, mostrando al sol del día y a mis ojos curiosos el nacimiento de los pechos, redondos y firmes, y las piernas largas y esbeltas, desnudas, apenas cubiertas por los *shorts* que usaba.

—¿Periodista? —preguntó, mirándome con curiosidad.

—No, no lo soy.

Dudó ahora, unos segundos, y finalmente inquirió, sorprendiéndome:

—Dick Spencer, ¿verdad?

—Sí, así es —respondí—. ¿Quién se lo dijo?

No sonrió, no se alteró su semblante al responder.

—La policía. Afirmó que había un forastero en San José con ganas de hacer preguntas —guardó Hellen unos segundos de silencio que no interrumpí, y prosiguió—: Viene a hablarme de mi hermana, de Leslie, ¿verdad?

Asentí en silencio y entonces se apartó de la puerta para dejarme entrar.

—Venga conmigo, míster Spencer —dijo—. Estaremos mejor en el *living* que aquí.

Fui tras ella hasta el lugar indicado y no me fijé mucho ni en el decorado, ni en los cuadros colgados de las paredes, que me demostraban en forma evidente que ella no podía tener en modo alguno envidia de *lady* Manor; ni de su mansión, ni de sus dólares, ni de ella como mujer.

—Siéntese —invitó, indicándome uno de los sillones—. ¿Quiere algo de beber?

—No, gracias. Es... aún es demasiado temprano para mí.

Tomó asiento frente a mí, cruzó las piernas y preguntó:

—¿Qué es lo que quiere saber de Leslie?

—Todo —indiqué—. Todo lo que usted sepa de ella, si es posible.

Contestó con otra pregunta.

—La mataron dentro de su coche, ¿verdad?

—Sí, así fue. Me encontraba en el interior de la vivienda de *lady*...

—No trate de justificarse, míster Spencer. Sé que usted no lo hizo.

La miré un tanto asombrado.

—¿Cómo está tan segura de que, efectivamente, no lo hice yo?

—No tenía motivos. Deme uno, y quizá piense de otro modo. No, no los tenía ni los tiene. Usted no la conocía.

—¿Y alguien sí?

Tardó en contestar, como dudando, como tratando o de coordinar sus ideas o por el contrario dudando entre decirme lo que supiera o no.

—Todos conocían a Leslie. Lo comprende, ¿verdad? Todos los habitantes de San José la conocían... y también los forasteros. Su trabajo...

Había algo en su voz que me hizo interrumpirla.

—A usted no le gustaba su modo de..., de..., de vivir —dije—. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí. Es cierto —repuso tras ligera duda—, y esto fue lo que nos distanció. Escuche, míster Spencer, a ninguna de las dos, ni a mí ni a ella, nos hacía falta un..., un trabajo como ése, pero Leslie es..., quiero decir que era de otra clase, de otra madera, si me comprende usted.

—¿Algún amigo?

—¿Quiere decir si tenía un amante fijo?

—Dicho con esa crudeza —respondí—, sí, así es.

—No. Por lo menos yo no lo sé con absoluta seguridad. Podía o no tenerlo, pero yo soy la menos indicada para saberlo con certeza. Estábamos prácticamente separadas.

Pensé en *lady* y lord Manor, en la fiesta que tan trágico final había tenido para el segundo y pregunté:

—¿Qué relaciones unían a Leslie con lord y *lady* Manor?

—¿Amistad...? Bueno, hubo un tiempo que asistíamos a sus fiestas, pero luego... no creo que fuera correcto que la hermana de una mesera y la mesera misma, asistieran a ellas, ¿verdad?

—Sí, creo que sí..., pero ella fue a la fiesta...

—En calidad de camarera, que no se le olvide eso, míster Spencer. Lenox, el dueño de ese bar, la mandó allí como pudo mandarla a otra parte cualquiera. No olvide tampoco que mi hermana era su empleada.

—¿Algún amigo en particular? —insistí.

—A esa pregunta ya le contesté con anterioridad. Mi hermana alternaba con unos y con otros, por lo que es difícil precisarlo.

—¿Qué tal se llevaba con Lenox?

Hellen veló un tanto sus ojos con las tupidas pestañas rubias y contestó:

—Era su jefe.

—¿Nada más?

—Si hay o hubo algo más entre los dos, eso deberá preguntárselo a Lenox.

Cambié de preguntas sabiendo que por aquel lado, Hellen no iba a decirme nada que ya no me hubiera dicho. Sabiendo asimismo que aunque lo supiera, siempre lo negaría.

—¿Conoce a los Warren?

—Sí, claro. Ellos también figuran en el libro azul de San José.

—¿Cómo se llevaban con su hermana?

—¿Quién? ¿El o ella?

—Ambos.

—*Mistress* Cecilia Warren la soportaba.

—¿Nada más?

—Nada más. En cuanto a míster Warren...

—Siga —alenté, al ver que se detenía.

—Bueno, hay quien dice que les vieron juntos en más de una ocasión, pero también puede decirse del propio lord Manor, Lenox y otros tantos. Por esa parte...

Se puso en pie y la imité.

—Le ruego que me perdone, pero debo cambiarme. Tengo una cita y...

—No se disculpe —corté, casi en seco, para inquirir tras una ligera duda—: ¿Usted también figura en el libro azul de San José?

—Sí, así es, pero mi fortuna..., es decir, la fortuna que pertenecía por parte iguales a Leslie y a mí, no es tan cuantiosa como la suya. ¿Satisfecho?

—Sólo en parte —respondí, yendo ya hacia la puerta, y llevándola a mi lado.

Abrí, y al hacerlo, ella dijo:

—Venga cuando guste por aquí, míster Spencer. Me agrada hablar con usted aunque..., aunque sea de cosas tan desagradables

como un asesinato.

Di las gracias, correspondí a su apretón de manos, y salí a la calle.

CAPÍTULO VIII

San José no era una población tan grande como para que no pudiera ir a pie adonde deseara, por lo que dejé estacionado el coche donde se encontraba; o sea, casi delante de la casa de Hellen, y empecé a andar sobre la acera, un tanto distraído, un tanto sumido también en mis propios pensamientos, hacia el primer bar que encontré al paso, donde me tomé un *whisky*.

Tampoco era San José lo suficientemente grande como para que me costase un ímprobo esfuerzo localizar la vivienda de los Warren.

Por eso, sobre el mediodía, me encontré frente a la casa.

Una magnífica construcción de ladrillo, inmensa, de dos plantas y posiblemente con más de cincuenta habitaciones.

Edificios anexos a la misma, que darían quizá vivienda a los empleados de la casa, tales como criados, los guardas de la finca, jardineros, etc., etc.

Hundí el dedo en el blanco botón que había junto a la enrejada verja y esperé.

Fue muy poco, cosa de seis o siete segundos, y a mi lado, brotando del altavoz instalado a la altura del botón zumbador, oí la voz de un hombre:

—¿Quién es?

—Me llamo Spencer —respondí—. Dick Spencer y quiero hablar con *mistress* Warren, o en su defecto con míster Warren. Es importante. —¿Está citado hoy?

—Cuando se trata de asesinatos, nadie está citado con nadie —repuse—. ¿Qué le parece si les avisa?

En cualquier lugar de la casa la voz del hombre que me interpellaba calló durante unos segundos, y luego dijo:

—Espere un momento, por favor.

Lo hice.

Fue un poco más de un minuto y después, sin que nadie volviese

a dirigirme la palabra, la enrejada puerta se abrió frente a mí, silenciosa, sin el más leve chirrido, y empecé a andar en dirección a la finca por el ancho y enarenado camino, bordeado de altos árboles, rosales, enredaderas y plantas trepadoras, madre selvas..., pero no pude llegar a la casa.

Interponiéndose en mi camino, entre aquella y yo, surgiendo quizá de detrás de uno de los setos, vi a un hombre.

Era joven, alto, fuerte, bien vestido, rubio y de ojos acerados y grises, y que se presentó a sí mismo antes de que yo lograra pronunciar una sola palabra:

—Me llamo Dereck, y soy el secretario particular de mister Warren —dijo—. Mister Warren y esposa le esperan a usted en la piscina. Por allí —terminó extendiendo el brazo para indicarme un ramal que partía del camino que yo seguí en aquel momento, y que al parecer rodeaba la casa, por lo que colegí que la mencionada piscina se encontraba en la parte posterior.

—Gracias —dije—. Muy amable por su parte.

No me contestó, por lo que di media vuelta, tomé aquel camino y empecé a andar sin volver la cabeza, sin preocuparme ni poco ni mucho en tratar de averiguar si el secretario me seguía o permanecía allí, a mi espalda, observándome.

Vi la piscina como cosa de cinco minutos más tarde.

Y luego a los dos; ella en bikini y él con un pantalón meymba, sentado a la sombra de la sombrilla que habían colocado al mismo borde de la piscina.

No apresuré el paso.

Ross Warren se puso en pie cuando estuve más cerca de ellos, mientras ella me observaba curiosamente por entre las entornadas pestañas, respirando suavemente.

—Bien venido, mister Spencer —me saludó al llegar, pero sin tenderme la mano—. Siéntese, ¿quiere?

Lo hice, en otro de los pequeños sillones de mimbre, y *mistress* Cecilia Warren tomó entonces la palabra:

—¿Quiere beber algo? —preguntó.

—No, gracias —respondí.

Hubo un ligero silencio entre los tres, embarazoso por supuesto, que rompió Warren.

—Dijo que deseaba hablar con nosotros, ¿verdad?

—Sí —respondí—. De Leslie, una de las meseras de...

—Sabemos quién es Leslie, o quién era, mejor dicho —me interrumpió ella—. ¿Qué desea saber, míster Spencer?

—Todo —repetí una vez más desde que empezara aquello—; todo lo que ustedes sepan, si es posible. ¿Qué relaciones les unían con...?

Cecilia Warren volvió a interrumpirme.

—Buenas... hasta que se colocó en ese bar. Buenas hasta que dejó su casa y su hermana, para ponerse unos *pantys* y mostrar... lo que no debía en ese tabuco de Lenox.

—¡Cecilia!

Mistress Warren miró a su marido, me miró a mí, y añadió como si no le hubiera oído:

—Leslie no es como su hermana Hellen. Es decir, no lo era ni mucho menos. Ella era distinta, diferente si me entiende. Se estropeó, se distanció de su hermana, y decidió vivir su vida... y quizá esta decisión fue la que la llevó a la muerte.

—¿Por qué?

—Tenía amigos —contestó Cecilia Warren, sin una sola vacilación—. Ella tomaba de los hombres todo cuanto deseaba, posiblemente sin dar nada o casi nada a cambio y..., y... puede que alguno de ellos se cansara.

—¿Chantaje? —pregunté.

Hubo un silencio largo y pesado, denso, que cortó ahora míster Warren.

—¿Por qué precisamente ha hecho esa pregunta, míster Spencer?

—Confieso que no lo sé.

Sé que ninguno de los dos me creyó, pero en aquel momento les estaba diciendo la verdad.

—¿No...?

Miré a Cecilia, a la expresión candorosa de sus pupilas, y entonces respondí:

—No, si no pienso en que pudo..., pudo tener relaciones íntimas, pongamos por caso, con un hombre casado; tal vez con dos, y si me apuran mucho, diré que con más, pidió algo más que unos dólares y amenazó a su amante con... y aquí repito, pongamos por caso, irle con el soplo a la esposa, a la mujer.

—Sí, es una posibilidad en la que no había pensado —intervino Warren—. Es una posibilidad que me parece sensata —me miró pensativamente y preguntó—. ¿Vino sólo hasta aquí para preguntarnos eso, míster Spencer?

—No, por supuesto que no —dije—. Simplemente quería saber si ella, Leslie, tenía un amigo fijo... y qué relaciones la unían, en concreto, con lord Manor.

Los dos se miraron fugazmente, y de los dos, fue Cecilia la que contestó:

—Si bien es verdad que Leslie alternaba con muchos hombres, no es menos cierto que también lo hacía con lord Manor, y que *lady* Manor lo sabía. Tal vez por eso Lenox mandó a Leslie a aquella desgraciada fiesta, y tal vez, también, por eso Cecilie no quiso bajar al salón, ni a despedir a los invitados, como era su costumbre.

Ninguno de los dos lo decía, pero aquello apuntaba directamente, y una vez más, hacia Cecilia.

—Hábleme de *lady* Cecilie Manor, *mistress* Warren —dije—, ¿qué sabe de ella?

—Lo que todo el mundo en San José; que es una gran mujer, y que no merecía la suerte que tuvo con su marido.

—¡Cecilia!

—¿Y por qué no he de decirlo todo, Ross? —preguntó ella, con gesto de desafío—. Lord Manor era un mujeriego, y Leslie le gustaba como le gustaban otras, sin descartarme a mí, querido, y eso también lo sabes tú, como también sabes que..., que... Bueno, no creo que eso deba decírtelo yo. Como también le gustaba su hermana. Pero Hellen no da facilidad alguna a los hombres; nunca lo hizo, y San José es un pueblo lo suficientemente pequeño para que estas cosas se sepan —me miró fijamente y prosiguió, tras unos segundos de silencio—: Incluso ese teniente de policía lo sabe.

—¿Qué sabe de McDugal, *mistress* Warren?

En aquel momento intervino Ross:

—Lo que todo el mundo —dijo—; que es un policía como todos.

—Me refiero a qué tal persona...

—Sé a lo que se refiere —cortó Ross Warren secamente—. Y ahora, si no le molesta, debo decirle que la entrevista ha terminado.

Me puse en pie, y ninguno de los dos se movió.

No me había dado cuenta tampoco, pero el secretario estaba allí,

muy cerca del lugar donde nos encontrábamos, y fue él quien invitó, a mi espalda:

—¿Nos vamos ya, míster Spencer?

Me volví a mirar a Jim Dereck.

—Correcto —dije—. Por mí no hay inconveniente alguno.

Empecé a andar hacia el camino, también sin volver la cabeza, sin preocuparme tampoco si ambos, juntos o por separado, me miraban.

Junto a la verja de hierro, abierta ya, dije:

—Me gustaría hacerle un par de preguntas, Dereck.

Sonrió.

—Me temo —respondió—, que si se trata de míster y *mistress* Warren, no voy a poder dar respuesta alguna.

—Es personal —indiqué.

Su sonrisa se amplió.

—Tratándose de mí, el asunto cambia. Veamos, ¿qué es lo que desea saber?

—¿Qué sabe de los Manor? ¿De *lady* Cecilie Manor?

—Es una gran mujer... y si fue ella quien mató a su marido, me temo, que si el jurado se nombra en San José, no la van a condenar ni mucho menos. Saldrá tan bien librada que estará en la calle, aunque sea con libertad condicional, antes de las veinticuatro horas de celebrarse el juicio.

—¿Por qué?

—Su marido era una mala bestia. Mujeres y todo eso. Ya sabe. Golpes también..., algunas veces.

—¿En cuanto a ella...?

—¿Se refiere a algún hombre en concreto?

Respondí con el pensamiento puesto en Dalton.

—Sí. Oí decir que tenía un amante. Un amigo y que tal vez por eso sus relaciones con su marido...

—Eso es algo que nunca se sabe..., aunque casi aseguraría que le engañaron. *Lady* Manor, si bien estaba separada materialmente de lord Manor, jamás se la ha visto en San José con tal o cual hombre. ¿Amigos...? Sí, tiene varios. Míster Warren es uno de ellos. Yo también he entrado en su casa y nuestras relaciones, a pesar del desnivel social que existe entre los Manor y yo, son cordiales. Sin protocolos o etiquetas, si comprende lo que le quiero decir. Míster

Dalton, el abogado de la familia, también es un buen amigo de los Manor.

—Hay quien dice que lo es más de ella que no del difunto lord Manor —sugerí.

—Sí, es posible, pero eso no quiere decir nada.

—No, desde luego que no —repliqué, formulando a continuación una pregunta sin transición alguna—: ¿Cree usted que ella le mató; que *mistress* Manor mató a su marido?

Por tercera vez le vi sonreír.

—Usted es detective y no yo, Spencer —me respondió—. Pero si lo hizo, por mí, bien hecho está.

—¿En cuanto a esa mesera...?

—Por favor, Spencer, creo que ya es bastante, ¿verdad?

No dije nada; me limité a dar media vuelta y avanzar por el camino, dejándole también a mi espalda.

Unos minutos más tarde abandoné definitivamente los terrenos de la mansión y empecé a andar en dirección al lugar donde dejé estacionado mi coche.

CAPÍTULO IX

Me abrió la puerta una muchacha, casi al instante de llamar; es decir, no me hizo esperar ni tres segundos, lo que me dio la impresión de que me estaban esperando, tal vez porque desde la ventana que daba a la calle alguien me vio llegar allí.

—¿Sí...?

Era bonita, menudita, graciosa, de grandes y expresivos ojos negros, y vestía una sencilla y escotada blusa sin mangas, cubriendo sus piernas largas y esbeltas con un pantalón vaquero, bastante usado por cierto, y zapatos de grueso tacón y de puntera redonda.

Su pelo largo, negro, caía en cascadas sobre su espalda, casi hasta la cintura.

—¿Sí...? —repitió—. ¿Qué desea?

—Me llamo Dick Spencer —dijo—, y quiero ver a míster Dalton.

Dudó un poco, muy en su papel, y finalmente, me indicó:

—Pase por aquí, por favor —y me condujo a la antesala, al antedespacho, donde volvió a indicarme—: Tenga la bondad de tomar asiento, míster Spencer, avisaré a míster Dalton de su llegada.

Desapareció por una de las dos puertas que tenía frente a mí, dejándome solo.

Tardó en volver un par o tres de minutos.

—Míster Dalton le recibirá ahora —dijo con una sonrisa, mientras me ponía en pie—. Por aquí, por favor.

La seguí hasta aquella puerta, y la vi llamar con los nudillos.

A continuación la voz del abogado de los Manor llegó hasta mí a través de la cerrada puerta.

—Pase, Spencer, está abierto.

Empujé la hoja de madera y me quedé allí, en el umbral, al lado de la secretaria, mirando a *lady* Cecilie Manor, sentada en un sillón, con una pierna sobre la otra, usando ahora una minifalda; tal vez la

más corta que yo había visto en mi vida sobre una mujer.

—Pasa, Dick —me dijo, tuteándome—. ¿Te he sorprendido?

Di un par de pasos mientras Dalton se ponía en pie, rodeaba la mesa y salía a mi encuentro, y la secretaria cerraba a mi espalda la puerta, silenciosamente.

—Bien venido a mi despacho, Spencer —dijo, tendiéndome la mano que estreché, sin responder a la pregunta de Cecilie, y mientras él añadía—: La verdad es que preparamos un poco de teatro tan pronto como le vimos llegar a través de la ventana.

—Sí, nos estábamos besando y le dije a..., a Dalton que a ti no te gustaba eso, por lo que me senté en el sillón, y esperamos.

No contesté a Cecilie, tampoco la miré.

—Quiero hablar con usted, Dalton —dijo—. En privado, si puede ser.

—¡Dick!

Siempre sin mirarla, sin responder también, esperé la respuesta del abogado.

—*Lady Manor* es de mi absoluta confianza, Spencer. Por lo tanto, si tiene que decir algo, hágalo en...

Cecilie misma le interrumpió:

—Me marchó ahora, Robert —dijo, poniéndose en pie. Se volvió hacia mí y añadió—: Nos veremos esta noche.

No dijo dónde ni yo pregunté. Dalton hizo ademán de seguirla, pero ella ya había abierto la puerta desapareciendo de nuestra vista, hacia el lugar donde estaba la secretaria.

Al quedar solos, Dalton tuvo un comentario mordaz:

—Carece usted de etiqueta, Spencer —dijo.

—No vine aquí, a verle, para gastar cumplidos ni mucho menos, sino para hacerle unas preguntas, si es que desea contestarlas.

—¿Y si no es así...?

Me encogí de hombros.

—Me iré, por supuesto.

Con un mudo gesto me indicó uno de los sillones y me hundí materialmente en él en tanto que frente a mí, Robert Dalton tomaba asiento en el otro.

—¿Y bien...? —inquirió tan pronto como lo hubo hecho.

—¿A qué fue usted a casa de lord Manor la noche en que le mataron? —pregunté.

—Creo que sufre un error. No estaba allí aquella noche.

—Bien, cambiaré mi pregunta: ¿A qué fue a *Lady's Manor* la noche siguiente a la del crimen?

—¿Qué ocurrirá si le digo que no pienso contestar a esa pregunta?

No respondí, me puse en pie y me volví hacia la puerta, iniciando ya la salida.

—¡Espere!

Me detuve manteniéndome de espaldas a él, esperando a que dijera algo más, cosa que hizo en el transcurso del segundo siguiente:

—¿Por qué no se sienta y hablamos como personas civilizadas?

Retrocedí sobre mis pasos, diciendo:

—Tal vez porque ninguno de los dos lo somos, Dalton.

No me respondió hasta que de nuevo nos hallamos frente a frente.

—En eso le doy la razón —dijo. Hizo una pausa y preguntó—: ¿De qué quería hablarme?

¿De Leslie?

—Sí, también de ella, pero no era ésa mi primera intención.

—Entonces se trata de *lady Manor* —afirmó seguro de lo que decía.

—Así es —dije—. ¿Quiere explicarme qué relaciones les unen a ambos?

Por unos instantes sus ojos tuvieron un inusitado brillo que se apagó con la misma rapidez que se iniciara.

—Somos amigos —replicó.

Y su voz sonó en mis oídos ligeramente ronca.

—¿Nada más que amigos?

—Sí, así es. Y le estoy diciendo la verdad. De no ser así, ella no me hubiera dicho que..., que...

—Prosiga, por favor —pedí en vista de que se detenía.

—De no ser cierto lo que le digo, Spencer, Cecilie jamás me hubiera dicho que estuvo revolcándose en la cama con un tipo como usted. No, nunca me lo hubiera dicho. ¿Algo más?

—No, nada por esta parte.

—¿Y por la otra?

—Dígame, ¿conocía a Leslie?

—Todo el mundo conoce a Leslie en San José. Es decir, la conocían.

—¿Qué había entre Lenox y ella?

—Lo que pudo haber entre yo mismo y Leslie, o entre Leslie y otro hombre cualquiera.

Leslie era una mujer muy hermosa, y sabía lo que quería. Es decir; creía saber lo que quería de la vida, y me temo que erró el camino.

—¿Tiene alguna idea del porqué la mataron?

—Tal vez —respondió, llegando ahora a la misma conclusión que yo llegara con anterioridad—, ella vio u oyó algo la noche del crimen, y luego..., posiblemente anudó los hechos, lo que vio u oyó al enterarse del crimen, y pidió una suma por guardar silencio, encontrándose con una bala.

—¿Nada más respecto a Leslie?

—Sí, y respecto a mí mismo. He salido varias noches con ella, e incluso hemos pasado más de un fin de semana juntos en una cabaña que tengo a cuatro millas de aquí. Esto era sabido también por *lady* y lord Manor. Por lo tanto, Spencer, si se le ha metido en la cabeza cargarme el asesinato de lord Manor a causa de Cecilie, descarte esa posibilidad.

Me permití una sonrisa.

—Es posible que lleve usted razón..., a no ser por Leslie.

—¿Sí...? ¿Quiere decirme por qué?

—Usted pudo muy bien ser quien la mató, ¿verdad?

Se echó a reír.

Su risa un tanto burlona, un tanto seca, se extendió por el interior del despacho como un clarín.

—Sí, claro que pude hacerlo..., si me explica cómo. Usted sabe que me encontraba en el interior de la casa, con *lady* Manor —me miró fijamente a los ojos, y espetó—: Dígame, ¿qué piensa hacer con Cecilie tan pronto termine esto?

—¿Se refiere a algo en concreto? —pregunté a mi vez.

—Usted sabe que sí.

Sin responder fui a la puerta, la abrí, y desde el umbral, ladeé la cabeza para mirarle.

—Debe usted amarla mucho, Dalton, para hacer una pregunta como ésa —dije.

Y abandoné el despacho sin aguardar contestación.

La secretaria me acompañó a la puerta, y una vez allí, pregunté:

—¿Qué hace cuando sale de aquí, muchacha?

Elevó los ojos hacia el techo, me miró después, e inquirió:

—¿Se refiere concretamente a una noche en particular?

—Sí.

—¿Concretamente a esta noche?

—Así es.

—Bueno, estaré sobre las nueve y media de la noche en el Lenox. Allí me encontrará usted, si no me matan antes.

—¿Qué quiere...?

—¡Oh! —me interrumpió—. Que yo sepa, fue a la fiesta de lord Manor, y le asesinaron; luego, más tarde, sale de paseo en su coche, con una de las meseras de ese bar, y la asesinan también. Tal vez... sea yo la tercera, ¿verdad?

Di media vuelta y sin responder, alcancé la calle.

No fui muy lejos, ni siquiera hasta la esquina, porque ellos me alcanzaron antes.

Eran dos, y los dos vestidos de uniforme.

—Míster Spencer, ¿verdad?

—Sí, así es —respondí.

—¿Quiere acompañarnos? El teniente McDugal desea hablar con usted.

No respondí, me limité a mostrar mi conformidad con un leve movimiento de cabeza y empecé a andar en silencio al lado de ellos.

Cuatro o seis minutos más tarde me encontraba en el precinto de policía, sentado en uno de los sillones, desvencijado y viejo, frente al teniente que me observaba atentamente desde el otro lado de la mesa, y que preguntó tan pronto como la puerta de su despacho se cerró a espaldas de los dos policías.

—Me gustaría que me dijera una cosa, Spencer —dijo—, ¿qué asesinato le interesa más, el de lord Manor o el de Leslie, esa muchacha que mataron en el interior...?

—Ahórrese palabras, McDugal —indiqué—. ¿Qué hay de Leslie?

—Estaba embarazada —dijo fríamente—. Iba a tener un hijo y... Mire, al parecer, a la chica la mataron por eso y no por lo que pudiese ver y oír en la mansión de los Manor.

—¿Simplemente para decirme eso me ha mandado llamar,

teniente?

Su rostro se nubló.

—No, desde luego que no. Solo... es que deseo cambiar impresiones con usted.

—¿Respecto a los dos asesinatos?

—Sí.

—Lo que en otras palabras quiere decir que ya no sospecha de mí.

—Nunca dije eso y usted lo sabe, Spencer. Mis sospechas son que *lady* Manor le asesinó, y por eso le hice venir. Quiero que me ayude.

—¿Cómo?

—Usted, Spencer, vive prácticamente en la mansión, ya que ella amplió la invitación de su marido.

—¿Y...?

—Tal vez usted también, en la fiesta, oyera o viera algo desusado. Tal vez no nos haya dicho todo lo que sabe respecto a este asunto. Tal vez, Spencer, lord Manor mencionara un nombre, uno solo; el de la persona de quien temía le llegara la muerte. Si fue así, le pido que me lo diga.

—¿Por qué está tan seguro de que me dijo eso, teniente?

—Usted sabe que sólo apunto una posibilidad, que no estoy seguro de nada, que no puedo estarlo. ¿Por qué no se franquea conmigo? Es por ella, ¿verdad? ¿Por *lady* Manor? —Al parecer, teniente, usted da por descontado que fue ella quien le mató, ¿verdad?

—Es lo posible. Encontramos, como le dije, huellas de zapatos de mujer en aquel retiro que ellos tenían, cuando los tiempos... Mejor dicho, cuando el matrimonio era normal.

—¿Por qué se distanciaron?

—¿No se lo ha dicho a usted *lady* Manor?

—No.

Siguió un pequeño silencio que McDugal rompió.

—Cuestión de faldas. Leslie entre otras. Quizá también *mistress* Cecilia Warren, pero eso no es seguro.

—¿Y por parte de ella?

McDugal encogió levemente los hombros.

—Dalton puede ser el hombre, pero me temo que eso jamás, a

no ser que ella misma lo confiese, podremos probarlo.

Di la callada por respuesta, pensando.

CAPÍTULO X

Hasta que pregunté, cortándolo:

—¿Qué tal persona es Dalton?

—Un buen abogado, procedente de Frisco, y era asimismo el hombre de confianza de lord y *lady* Manor. Pero estamos perdiendo el tiempo, Spencer. Aún no me ha dicho lo que deseo saber.

—No, por supuesto que no —respondí—, porque ya se lo dije en una ocasión. Lord Manor y yo apenas si tuvimos tiempo de cambiar impresiones, y en la conversación no dio nombre alguno; si sospechaba o no de quien pudiera ser la persona o personas que trataban de asesinarle, no lo mencionó.

—¿A quién trata de encubrir, Spencer? ¿A *mistress* Manor?

—Celebro que piense así, teniente —respondí, abandonando el sillón en que me sentaba.

No hizo nada por impedirlo, ni tampoco pronunció palabra cuando me acerqué a la puerta con ánimo de salir.

Pero preguntó, tan pronto como la abrí de par en par:

—Dígame una cosa, Spencer —dijo—, cuando mataron a Leslie, ¿quién o quiénes estaban en la casa de *lady* Manor?

Le miré pensativamente.

—*Mistress*... O *lady* Manor, una doncella que me abrió la puerta, y nada más respecto a visitas —respondí, silenciando el nombre de Dalton—. Si había o no más criados o doncellas en la casa, yo no les vi.

—¿Está seguro de eso?

Forcé una sonrisa.

—Seguro, en estos casos, nunca se está de nada, teniente.

Crucé el umbral y salí a la calle.

Estaba en el Lenox, como me había dicho, en una de las mesas, un tanto apartada de los demás clientes, completamente sola, y

llevando una minifalda en vez de los pantalones vaqueros con los que la viera en el despacho de Dalton, frente a un alto vaso más que *mediado* de licor, con cubitos de hielo, y mirando la puerta de entrada, con lo que me vio apenas si crucé el umbral.

Me sonrió desde la mesa.

Fuera, en la calle, todo estaba tranquilo.

En el interior del bar había varias parejas arrullándose en la semioscuridad reinante y la barra, repleta de bebedores, daba al ambiente un extraño sentido cosmopolita.

Tomé una silla, la acerqué a la mesa y me senté frente a ella.

Tenía los ojos risueños cuando fijé los míos en los suyos, oyendo ya, a mi lado, la voz de otra de las meseras.

—¿Qué le sirvo?

—Un *manhattan* —dije—. Con hielo.

Se alejó, y ambos, una vez más, quedamos frente a frente.

Fue ella la que rompió el silencio, diciendo:

—Cuando vuelva Mabel con su *manhattan*, míster Spencer, le diré todo cuanto quiere saber.

—¿Saber...? ¿Respecto a qué?

—A mi jefe; a míster Robert Dalton.

Terminaba de pronunciar aquellas palabras cuando la mesera depositó el alto vaso frente a mí; le di las gracias, se alejó de nosotros con una sonrisa, y entonces, sin darme tiempo a pronunciar palabra, la muchacha prosiguió:

—¿Qué desea saber de míster Dalton?

—En primer lugar la clase de persona que es.

—Un buen jefe, en todos los sentidos de la palabra. El hombre de confianza del matrimonio Manor, aunque es ahí donde se cometió un error... y creo que fue el mayor error de su vida.

—¿A qué error se refiere?

Ella tomó su vaso, bebió un poco y respondió:

—Se enamoró de *lady* Cecilie Manor. Se enamoró como un loco, y ese amor va a llevarle a cualquiera sabe dónde.

—¿Tanto la quiere?

—Sí, así es. Por eso odiaba a lord Manor, pero también se puede decir que lord Manor era odiado por todos cuantos le conocían.

—¿Por qué?

—Era una mala bestia, y eso también lo sabíamos todos en San

José —hizo una pausa y preguntó—: Dígame una cosa, míster Spencer, ¿es cierto que fue lord Manor quien le contrató a usted para... que le sirviera de guardaespaldas o poco menos? ¿Que tenía ser asesinado y por eso...?

—Sí, así fue.

Me miró pensativa, hasta que disparó:

—Márchese de San José.

—¿Qué...? ¿Por qué?

—Váyase antes de que..., de que descubra a ese asesino. Lord Manor ha muerto y para todos, incluso para la policía, aunque ellos no lo digan, bien muerto está.

No respondí a aquello hasta que medié mi vaso de licor.

—Dígame, ¿era usted amiga de Leslie?

Sí, claro. ¿Por qué?

—Tal vez porque deseo que me diga, si lo sabe, cuáles eran sus amigos preferidos. Sus amigas también.

—Yo era una de ellas.

—¿Otras más?

—No lo creo. Por lo menos amigas; en el sentido que se le da a esa palabra. Ciertamente que tenía muchas, como las tiene su hermana Hellen, pero las perdió.

—¿Por causa de su trabajo, o de los hombres; de las compañías que frecuentaba también?

Por ambas cosas. Esto no es Frisco, sino un pueblo más o menos grande, regido por una comunidad de caciques a la antigua. Entiende lo que le quiero decir, ¿verdad?

—Sí, así es —hice una pausa e indagué—. Dígame una cosa...

—Me llamo Jill —cortó ella con una sonrisa—. Jill Benton.

—Bien, dígame una cosa, Jill —repetí—, ¿por qué usted sí y los demás no?

—No tengo prejuicios. Por otra parte sé que más tarde o más temprano yo me marcharé de aquí. Es buena, desde luego mi colocación con míster Dalton, pero esto no satisface a una muchacha; por lo menos no a una muchacha que piense como yo.

Había terminado su *whisky* cuando acabó de hablar por lo que aboné las dos consumiciones y pregunté:

—¿Quiere que vayamos a cenar a cualquier parte?

—Sí, ¿por qué no? —Estaba sonriéndome cuando se puso en pie

—. Hay un pequeño motel en las afueras, a un par de millas de aquí, en la carretera de San José a San Francisco. Hay buena comida allí.

No le pregunté si habría o no habitaciones para pasar la noche; me limité, pues, a prenderla del brazo y ambos salimos de allí, yendo directamente al coche.

Tenía Jill los ojos cerrados cuando pregunté, rompiendo el silencio que a mi propio juicio ya duraba bastante entre los dos:

—¿Qué une o unía a Robert Dalton con *lady* Manor, Jill?

No los abrió cuando contestó con voz monótona:

—Una buena amistad, y nada más.

—¿Cómo está tan segura de una cosa como ésa, muchacha?

—No es que lo esté, como usted dice, pero sí... estoy diciéndole la verdad. Por supuesto, una verdad que a mí ya me contaron.

—¿Sí...? ¿Y quién lo hizo?

—Míster Dalton. No olvide que él es mi jefe.

—¿Y simplemente por eso cree que no le mintió?

—No, no es eso... Es algo que no sé cómo definir. Míster Dalton la ama, y quizá por ese amor sea o fuera capaz de llegar incluso al... ¡Pero, por favor, no tenga muy en cuenta lo que le estoy diciendo, míster Spencer! Por otra parte, como le decía anteriormente, el amor que siente míster Dalton por *lady* Manor es bien distinto al que debe tener un hombre por una mujer cualquiera a la que desea convertir en su querida. No, no es esto lo que mi jefe desea de *lady* Manor.

—¿Divorcio acaso?

—Eso es. Ha dado usted con la palabra justa, pero él jamás hubiera osado pedirle eso a *lady* Manor. Su amor es silencioso, callado, y sé que tampoco nunca le dijo a ella que la amaba, a pesar de que tiene que saberlo, pues asimismo lo saben todas las personas que le conocen; todas las personas que habitan en San José.

No respondí, porque sus palabras, su conversación, me daban tema para pensar durante un cierto tiempo.

Ella tampoco añadió más a lo dicho, y así, de este modo, alcanzamos el motel.

La llevé a una de las apartadas mesas, a pesar de que el resto de aquéllas estaba poco menos que desiertas, pedimos luego la cena, que casi transcurrió en silencio, y al terminar, pregunté:

¿Regresamos a San José, Jill, o pasamos la noche aquí?

Tardó bastante en contestar.

—¿Juntos?

—No era ésa mi idea —dije—, pero ahora que lo dice usted, creo que es una buena solución.

No respondió.

Se mantuvo fumando en silencio unos cuantos segundos y entonces indagué:

—¿Y bien...?

Encogió levemente los hombros, poniéndose en pie.

—De acuerdo, Dick —dijo.

Alquilamos una habitación y entramos, enfrentándonos allí, observándonos mutuamente en silencio, que rompí con una pregunta:

—¿Y ahora, Jill?

—Ahora estamos juntos, como usted quería.

Di un paso y la prendí por los hombros.

—Sí —dije a mi vez—, así es.

Entonces la besé, notando la caricia de sus uñas en mi nuca.

El lecho era blanco y blando; se estaba bien allí, pero creo que ninguno de los dos nos dimos cuenta de aquello; por lo menos no mucho.

—Te estuve esperando anoche —dijo, apenas verme entrar, apenas la doncella me condujo a su presencia.

Hice un gesto para interrumpirla y añadí:

—No pude venir. Y ahora, si quieres contestarme a una pregunta, te la formularé.

—¿Por qué no te sientas, Dick?

Lo hice, frente a ella, que añadió:

—¿Qué pregunta es ésa?

—¿Qué relaciones tenía tu marido con Robert Dalton?

Cecilie Manor abrió mucho los ojos.

—¡Dick!

—Contesta, ¿quieres?

—Dick —repitió—, no estarás sospechando de él, ¿verdad?

—En este caso, Cecilie, sospecho de todo el mundo; incluso de ti.

Palideció como una muerta, sus senos acusaron el impacto contra la tela de la blusa, cuando respiró fuerte, y luego contestó,

con lo que yo esperaba que contestara:

—Mal, Dick. Creo que incluso se odiaban.

—¿Por qué?

—Por mi causa. Robert está enamorado de mí, ¿comprendes? Y lo mismo que todo el mundo, mi marido lo sabía. Estaba celoso, y creo que incluso... nos odiaba a los dos por igual.

—¿Tenía motivos para estar celoso?

No vaciló en darme la respuesta.

Sí; si era por el amor que Robert sentía por mí. Y no, si creyó por un momento que alguna vez me iba a revolcar en la cama con él. ¿Satisfecho ahora?

—Sabiendo eso, Cecilie, ¿cómo tu marido no prescindió de sus servicios?

—Si le hubieras conocido más a fondo, esa pregunta jamás me la hubieras hecho. Era... lo que quizá te hayan contado ya en San José. Sabía el amor de Robert Dalton por mí, y para él era..., era algo así como un juego, peligroso si quieres, pero un simple juego que le llenaba de alegría, al enfrentarle continuamente conmigo, maltratándome de palabra en su presencia, sabiendo que el otro, Robert, nada podía hacer si no quería ponerme en evidencia y ponerse él al mismo tiempo. Sólo por eso le tenía aquí.

—Y Dalton, ¿por qué no se marchó?

—La respuesta también es sencilla; por mí, por el amor que sentía y siente aún.

—¿Y tú...?

—Si le amara, tú, Dick, jamás me hubieses poseído.

No respondí de momento; lo hice al cabo de varios segundos más tarde, en el transcurso de los cuales estuve pensando.

—Dime una cosa, Cecilie —indagué—, ¿qué clase de amistad tenía Dalton con Leslie? Quiero decir...

—Sé lo que quieres decir —me interrumpió—. Salía con ella, pero eso también le ocurría a Lenox; ya sabes, el dueño del bar donde trabajaba. Salía también con míster Warren, y con todo aquel que podía darle un dólar.

—Y no obstante tiene capital propio, o lo tenía.

—Sí, así es..., pero como toda la juventud de hoy, Leslie trataba de arreglar el mundo, de cambiarlo, a su modo desde luego. El capital de sus antepasados, de sus padres, el que le legaron, para

ella estaba manchado. Es algo incomprensible, pero Leslie pensaba así. Por eso se fue de casa de su hermana..., hasta que llegó el momento en que tuvo que ganarse el pan, como se suele decir. Entonces debió regresar, pero no lo hizo. Tal vez por orgullo, al ver su fracaso ante la vida, o quizá porque las ideas que tenía sobre todo, su disconformidad por todo, la antipatía que asimismo sentía por todo lo habido y por haber, era arraigado en ella, verdadero. Tal vez porque pensó que tanto su hermana como todos los que la conocían, los que conocían sus ideas de cambiarlo todo, de hacerlo mucho mejor, se reirían, se burlarían de ella, y prefirió ser mesera de un bar como el de Lenox a volver a su casa, a no darse por vencida, si no por ella misma, sí por los demás; por lo que pudieran decir los demás. Comprendes lo que te quiero decir, ¿verdad?

Asentí en silencio, pensando una vez más en todo lo que me había dicho.

Hasta que dije:

—Ahora una pregunta más, Cecilie, y quiero que me la contestes.

E intuí, apenas hablar, que se había puesto en guardia de modo instintivo.

—¿Y es...? —me pidió suavemente.

—La policía ha dicho que encontraron huellas de los zapatos de una mujer en esa especie de retiro que tú y tu marido teníais...

Una vez más, Cecilie Manor me interrumpió:

—Si crees que fui yo, que estuve allí, estás en un error; encontré a..., a... mi esposo exactamente en el lugar donde me viste, donde me encontraste tú a mí. No me acerqué a la cabaña para nada, y es la verdad. Si hubo o no otra mujer por los alrededores, no fui yo ni mucho menos, aunque..., aunque... pudo muy bien ser Leslie.

—¿Leslie...? ¿Por qué?

—Entre otras cosas, y de vez en vez, Leslie alternaba con mi marido. Posiblemente aquella noche, por una causa que aún no logro adivinar, o quizá porque vio u oyó algo, salió en pos de..., de mi marido hasta la cabaña. Es posible que también viese al asesino, y por eso la mataron. No olvides que Leslie nos estuvo sirviendo a todos durante la fiesta. A todos menos a mí, por supuesto.

—¿Por qué no bajaste aquella noche?

—No deseaba enfrentarme con Leslie. No quería verla delante de

mis amigos, la mayoría de los cuales sabían de ella y de..., de lord Manor tanto como yo misma, o ellos...

Me puse en pie y me miró con asombro.

—¡Dick! —exclamó—. No irás a marcharte ahora, ¿verdad?

—Tan pronto como contestes a una nueva pregunta. La última —respondí. Cecilie guardó silencio en espera de que la formulara.

CAPÍTULO XI

Lo hice al cabo de varios segundos de silencio.

—La noche que os encontré juntos a ti y a Dalton...

—¡Dick!

Sin hacer caso a aquella interrupción, proseguí:

—Aquella noche, Cecilie, ¿hacía mucho que estaba contigo?

—¿La noche que..., que mataron a Leslie?

—Sí, así es.

—No, recién terminaba de llegar —sonrió—. Empezábamos a besarnos cuando tú nos interrumpiste. ¿Por qué?

Sin contestar a su pregunta final, inquirí:

—¿Por dónde solía entrar?

—¿Adónde? ¿Aquí?

—Sí.

—¡Oh! Por donde quería. Robert tenía las llaves de la puerta principal, creo que también las del garaje y la de la puerta posterior. Es decir; las tiene aún. Pero, Dick, ¿a qué viene tanta pregunta alrededor de Robert? El... no mató a mi marido. ¡No pudo hacerlo en modo alguno!

—¿No...? ¿Por qué?

—No se encontraba aquella noche en *Lady's Manor*.

—¿Dónde, entonces?

—En su oficina. Jill, su secretaria, puede confirmarte esto.

Retrocedí hasta la puerta y no se movió del lugar que ocupaba; es decir, permaneció sentada en el sillón, con las piernas extendidas delante de sí misma, mirándome por entre las entornadas pestañas.

—Ni Robert ni yo le matamos, Dick, a pesar de tu opinión y la de ese teniente de Homicidios. De McDugal. ¿Es..., es así cómo se llama?

Abrí la puerta sin responder, fui a cruzar el umbral y entonces me llamó. —¡Dick!—. ¿Si...?

—¿Volveremos a vemos?

—Sí, es posible.

Crucé el umbral, hacia la salida, sin que tratara de impedírmelo o de pronunciar otra palabra más.

Alcancé la calle, y al pisar la acera me dije a mí mismo que entre unas cosas y atrás me había olvidado de decirle a Cecilie que Leslie estaba embarazada, que iba a tener un hijo; sin preguntarle tampoco si ella sospechaba o simplemente tenía una vaga idea, de quién pudiera ser el padre.

Pero no me detuve.

Continué andando, escaminándome directamente hacia el bar de Lenox.

Entré, lancé una fugaz mirada a mi alrededor y entonces la vi, y no sola precisamente, porque míster Warren estaba con ella.

No me acerqué; hice como si no les hubiera visto y caminé hacia la barra, acomodándome a continuación sobre uno de los altos taburetes.

—Un *whisky*, por favor —pedí tan pronto como la muchacha que había al otro lado de la barra se me acercó.

Me lo sirvió, y cuando terminaba de soltar el vaso sobre el mostrador, frente a mí, pregunté:

—¿Está míster Lenox?

—Con seguridad no lo sé, míster Spencer —me respondió—. Pero si quiere, trataré de averiguarlo.

—Gracias —dije—. Se lo agradeceré. Es importante.

Me dedicó una nueva sonrisa, dio media vuelta, y desapareció tras la puerta que daba acceso a la trastienda.

Entonces fue cuando noté sobre mi mano los suaves dedos de Jill.

—Hola, Dick —dijo suavemente—, no esperaba verte por aquí, por lo menos a esta hora.

—Ni yo tampoco. Creí que estabas en tu trabajo, en tu oficina.

—Me despedí.

—¿Qué...?

—Bueno, verás, llegué tarde, ¿sabes?, y cuando me preguntó que de dónde venía, le dije la verdad.

—¡Jill!

—Le dije que habíamos pasado la noche juntos en la habitación

de un motel y... me puso de patitas en la calle.

—¿Y ahora...?

Jill señaló hacia atrás, hacia la mesa que conjuntamente con Warren, ocupaba.

—Ahora estoy tratando de conquistar a un cerdo cargado con unos cuantos sacos de dólares.

—¿A cambio de qué?

Me miró, abriendo mucho los ojos.

—Pero ¡Dick, querido! ¿A cambio de qué va a ser? De mi trabajo. Y si no lo encuentro aquí, iré a Frisco. Creo que eso ya te lo dije anoche.

No tuve tiempo de contestar porque entonces, por la puertecilla por donde había desaparecido, reapareció la mesera.

—Míster Lenox le está esperando, míster Spencer. Le encontrará en la segunda puerta a mano derecha, en el pasillo que verá apenas cruce esa otra.

Me volví a mirar a Jill, pero la muchacha ya estaba caminando en dirección a la mesa donde la esperaba Warren.

Encogiendo los hombros me acerqué a la barra, rodeé el mostrador, pasé al otro lado, me acerqué a la puerta y la empujé para abrir.

Justo en aquel momento estalló el disparo, que llegó claro, preciso, a nuestros oídos.

Oí el ligero grito de la mesera que estaba inmediatamente detrás mío; más que ver, adiviné que Jill se detenía en seco y que se volvía para mirarme, mientras que tal vez, Warren, se ponía en pie para desaparecer de allí rápidamente, por lo que llevé la mano a la funda sobaquera, extraje el arma y corrí por el pasillo.

Empujé la puerta de acceso al lugar donde Lenox me esperaba, saltando a un lado al hacerlo, pero desde el interior nadie disparó contra mí, por lo que entré, notando en el acto el olor a pólvora quemada.

Y le vi allí, hecho un ovillo en el suelo, detrás de la mesa despacho, y llevando una automática «Colt» calibre 45 en la mano, cuyos dedos que se agarrotaban ya, no la habían soltado.

Miré a mi alrededor, mientras en la puerta empezaban a oírse los primeros murmullos.

Nada; nada salvo una ventana abierta.

Me asomé.

Daba a un pequeño patio interior y la altura no era mucha, por lo que no vacilé en saltar.

Crucé el patio de un extremo a otro, oyendo el silbato de un policía; luego le contestó otro, justo cuando daba vista a la desvencijada puerta de madera, cuyos goznes chirriaban a medida que aquélla se movía a impulsos del suave viento que soplaba de vez en vez, a ráfagas casi intermitentes.

La empujé, y de modo repentino me vi en una de las callejuelas, con rostros un tanto asombrados, un tanto asustados también cuando me vieron con el arma en la mano, por lo que la guardé.

Luego, lentamente, di media vuelta, rodeé el edificio del bar y entré por su puerta principal.

Todos estaban allí; por lo menos todos los rostros que yo recordaba, excepto uno, el de Warren; y algunos más que no vi entonces, pero que estaba viendo ahora: como el del teniente McDugal, y dos de sus hombres, estos últimos vestidos de uniforme.

McDugal se acercó a mí tan pronto como me vio entrar.

—¿De dónde sale?

Sabedor de que ya le habrían hablado de mi visita al bar, explicándole también mi pretensión de hablar con Lenox, respondí:

—Vi, en la habitación de Lenox, una ventana abierta que da a un patio y salté por ella.

No hay nadie ni en el patio ni en parte alguna.

—¿Acaso esperaba lo contrario, Spencer? —preguntó.

—¿Y por qué no?

—No le entiendo bien..., a no ser que por una de sus extrañas ideas, usted crea que a Lenox le asesinaron también.

—¿Y no fue así, teniente?

Su rostro se nubló.

—Escuche, Spencer, no me gusta jugar a las adivinanzas por lo tanto, voy a pedirle que se explique.

—¿Cree que tengo algo que explicarle? Vine aquí para hablar con él, fueron a preguntarle si me podía recibir, dijo que sí, y luego se pegó un tiro antes de celebrar la entrevista conmigo. La verdad, teniente, es que ese extraño proceder no lo entiendo.

—¿Lo entendería tal vez si él tenía cierto temor hacia usted, pongamos por caso, a causa de Leslie?

Le miré dubitativo, tratando de averiguar qué era en realidad lo que estaba pensando, y creyendo haberlo conseguido ya, respondí:

—Podía ser así, si efectivamente él fue quien mató a la muchacha, a causa del hijo que iba a tener, o por otra causa cualquiera que ahora ya no sabremos nunca, aunque podemos deducirla con más o menos exactitud..., lo que en todo caso no dejaría de ser una simple deducción, teniente, una simple conjetura.

—Sí, eso también puede ser cierto..., pero hay un hecho concreto; usted viene a verle, él le da la respuesta, y cuando se dispone a ir a su encuentro, Lenox se vuela la cabeza de un tiro. Dígame por qué fue, si yo no estoy en lo cierto en mis sospechas.

—Pudo ser, efectivamente, como usted dice, teniente... si no le mató otra persona; sin en vez de suicidio resultara un asesinato, ¿qué pensaría usted, McDugal?

—Posiblemente que vio al asesino de Leslie o... en su defecto al de lord Manor y sabiendo que usted estaba cerca, o creyéndolo así, quitó de en medio a un testigo para él molesto. En realidad, Spencer, ¿qué vino a hacer aquí, aparte de tomarse un *whisky*? — Ya se lo dije, teniente; quería hablar con él.

—¿De qué?

—De Leslie.

—Lo que en otras palabras quiere decir que estoy en lo cierto, ¿verdad?

—No; no, porque yo jamás dije que fuera Lenox quien la mató.

—Entonces, ¿qué diablos quería preguntarle?

—Dos cosas, teniente. La primera si sabía que ella estaba embarazada, y la segunda qué relaciones les unían, cuando ella dejaba su trabajo aquí.

—A la segunda le puedo contestar yo, Spencer. Las mismas que con otro hombre cualquiera. En cuanto a la primera, dudo que Lenox lo supiera, o la hubiera despedido, viniendo luego a la policía para explicar los motivos. Lenox era escurridizo. No era fácil sorprenderle en nada sucio, si en verdad hacía algo, sucio en San José —hizo una pausa y preguntó bruscamente—: ¿Qué sabe de la viuda?

—¿Se refiere a *lady* Manor?

—Sí, así es. ¿Qué sabe de ella?

—Nada.

Frunció el ceño y respondió:

—Si la ve, dígle que vaya pensando en la conveniencia de ponerse en contacto con su abogado. Robert Dalton u otro cualquiera. Temo que va a hacerle falta uno, Spencer.

—¿Va a acusarla de asesinato?

—Quizá..., aunque todavía no hay nada seguro. Hasta ahora todo apunta en su dirección, pero también hay algunas cosas que no quedan del todo claras. Sólo por eso aún no nos hemos movido nosotros.

—¿Cree, teniente, que en realidad fue ella quien mató a su marido?

—Tenía la ocasión y el motivo, y no me refiero ahora a la cantidad de dólares de beneficio que para ella supondrá la herencia que va a recibir.

—Sí, lo sé —le miré pensativamente y pregunté—: ¿Algo más, teniente?

—Sólo un consejo; dedíquese por entero a Jill, que entre otras cosas es una, gran mujer, y deje a la policía de San José que termine con este caso.

No esperó mi respuesta, se volvió en redondo y alcanzó la puerta, dejándome en compañía de Jill y del resto de los curiosos, dejándome también con el espectáculo de la ambulancia, cuando vinieron para llevar a la Morgue el cadáver de Lenox.

CAPÍTULO XII

Jill y yo nos miramos.

—¿Una copa? —pregunté.

Arqueó una ceja.

—Estoy pensando, Dick, que careces de sentimientos —dijo.

—¿Por qué? ¿Por lo de la copa?

—Sí, claro.

—Algún día, pequeña, alguien se tomará una sobre mi cadáver —respondí—, o sobre mi tumba. Siempre hay alguien que se toma una copa cuando éste o aquél muere; siempre hay alguien que tiene, cuando no un motivo, otro, para hacerlo, o por lo menos ese alguien lo cree así. ¿Bebemos algo?

—No, aquí no... No me sentaría bien.

—¿Dónde, pues?

—Hay más bares en San José. Hay también apartamentos.

—¿Cuál sugieres? —pregunté—. ¿El tuyo?

—Es una posibilidad..., que también me desagrada. Me sabría... no podría concentrarme en eso, querido. El cadáver de Lenox bailarían en mis retinas, y no te haría feliz.

—¿Dónde, entonces?

Sonrió.

—Podría decirte que en el dormitorio de *lady* Manor, pero estoy por apostar contigo a que ella no nos dejaría.

—¿Te estás burlando de mí?

—Sí, un poco —hizo una ligera pausa y añadió—: Llévame a mi casa, Dick. Allí no vendrá a molestarnos nadie.

Echamos a andar por la acera, ella de mi brazo, sin importarnos ni poco ni mucho lo que pudieran pensar, de lo que pensaban todos cuantos se cruzaban en nuestro camino.

Pregunté tan pronto como nos encontramos sentados frente a frente, en el pequeño *living* de su apartamento, que ella había

convertido en un sueño:

—Dime, Jill, ¿dónde te encontrabas tú el día en que asesinaron a lord Manor?

Abrió mucho los ojos y luego, de una forma repentina se echó a reír.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —pregunté.

—Tú —repuso siempre riendo—. Tu modo de decir las cosas. ¿A que ahora resulta que también sospechas de mí? Y el caso es que llevas razón. ¿Y sabes por qué? Porque no tengo coartada alguna para aquella noche. Estuve aquí, querido, y completamente sola se puso repentinamente en pie y se acercó al pequeño bar instalado en uno de los rincones del *living*. —¿Una copa?

Dije que sí y esperé a que me la sirviera.

—Jill —dije, ya con el vaso en la mano—, hay quien jura que pasó parte de la noche contigo.

—¿Aquí? Eso es imposible, querido. Mi dormitorio, como verás dentro de poco, es un sueño, pero sólo lo utilizo yo, excepto esta noche, claro —hizo una breve pausa y prosiguió—: Cuando..., cuando mataron a lord Manor me enteré por los periódicos, y lo mismo ocurrió con el asunto de esa muchacha; de Leslie. En cuanto a la muerte de Lenox, estaba contigo y con mister Warren.

—¿Quién crees tú que les mató? —pregunté.

—Yo no, por supuesto. No tengo ni el motivo ni la ocasión —miró el vaso que había a mi lado y susurró—: Bébete eso, Dick. No puedes tener un vaso en la mano y al mismo tiempo tomar a una chica.

No dije nada, levanté el vaso, hice intención de beber, y en aquel momento sonó el timbre del teléfono.

Nos miramos en silencio durante unos segundos, y por fin, con un gesto indefinible en su semblante, Jill abandonó el sillón y tomó acto seguido el auricular, levantándolo de su soporte.

—¿Sí? Dígame...

—¿...?

—Está aquí —replicó ella—. Sí, claro, desde luego.

Se volvió a mirarme con el auricular en la mano.

—Es la policía, Dick —dijo innecesariamente—. El teniente McDugal quiere hablar contigo.

Tomé el auricular de su mano, lo pegué a mi oído y pregunté:

—¿McDugal?

—Sí. Escuche, Spencer, ¿qué diría usted si le dijera que llevaba razón en lo de Lenox? No fue suicidio, sino asesinato. Hicimos, entre otras, la prueba de la parafina, con resultado negativo. Le mataron... y creo saber quién lo hizo.

—¿*Lady* Manor?

—Podría ser así, pero creo que por lo menos en este asesinato, ella nada tiene que ver. Oiga, ¿por qué no viene al precinto y discutimos esto entre los dos?

Consulté el reloj.

Eran las nueve y cuarto de la noche.

Miré a Jill, y respondí:

—Me temo, teniente, que eso no va a poder ser.

—Escuche, Spencer, Jill puede esperar un poco, y usted también. Dígaselo a ella y venga para acá. Creo que es lo bastante importante para que la muchacha lo comprenda así.

—Haré lo que pueda, teniente —respondí, cortando la comunicación y volviéndome a mirarla.

—Te marchas ahora, ¿verdad?

—Sólo si tú lo deseas.

—Sabes que no..., pero también puedo esperar aquí hasta que regreses. Como ves, soy una mujer comprensiva.

—Tal vez regrese muy tarde.

—Lo sé.

—¿Y no te importa?

—Por supuesto que sí, querido, pero no puedo remediarlo. No puedo hacer nada por... por... evitarlo. —Me empujó hacia fuera—. Te estaré esperando, aunque tardes toda la noche. —La puerta estaba abierta ya cuando añadió—: Encontrarás una llave bajo el felpudo. No tienes necesidad de llamar, ¿comprendes?

Alcancé la calle poco más tarde y empecé a andar hacia el precinto de policía, pero la verdad es que apenas si di cinco o seis pasos en aquella dirección cuando me detuve en seco.

Luego, tras una ligera indecisión por mi parte, di media vuelta, con el resultado final de que poco después me encontraba frente al volante de mi coche, conduciendo.

Todo estaba en silencio, en sombras, como sin vida, como

deshabitado también cuando llegué allí.

Estacioné el coche bajo los árboles, fuera del alcance de la vista de cualquiera que estuviese observando desde la casa; tampoco me habían visto llegar, pues lo hice con los faros apagados, pero sí era; posible que alguien oyera el motor del coche, que aunque suave, casi silencioso, en la noche, podía oírse desde bastante distancia.

Luego empecé a andar, sin abandonar el amparo de aquellos árboles, de los rosales, de los setos, hasta que dando un rodeo me encontré en la parte opuesta de la casa.

Pensando, meditando una vez más en todo lo que había ocurrido desde que el difunto lord Manor me llamara a su fiesta, hasta el momento presente, desmenuzando en mi mente todo cuanto había dicho y oído, todas y cada una de las conversaciones sostenidas y que culminaron con la última llamada del teniente de Homicidios McDugal.

Buscaba una ventana, algo, cualquier lugar por donde entrar, pero las ventanas, abiertas, estaban demasiado altas y eran de difícil acceso. Tan sólo había un sitio para hacerlo, y me acerqué. La puerta encristalada que desde el interior de la casa daba al jardín y la piscina, me brindaban una posibilidad.

Me acerqué mirando a mi alrededor, llevando ya el manojito de ganzúas en la mano.

Quince segundos me llevó abrirla, y después pasé al interior.

No recordaba muy bien la distribución de las habitaciones de la casa porque en las veces que había ido allí apenas si tuve tiempo de fijarme en ello, pero sí sabía, sin error posible, dónde se encontraba el *living-room*, y el dormitorio de *lady* Manor.

El dormitorio en el piso alto y el *living-room* allí, luego de atravesar el vestíbulo, en la planta baja, lugar donde me encontraba ahora.

Pegado a las paredes, sólo alumbrándome con la luz que venía de fuera, a través de los cristales de las ventanas, me acerqué, viendo poco más tarde la tenue luz que se filtraba por la puerta.

Iba dispuesto a hablar con Cecilie Manor, ya como punto final a aquella historia, sin pensar que no podía encontrarse sola; sin haber aceptado de antemano la posibilidad de que tuviese visita aquella noche.

La tenía.

Lo supe al segundo siguiente, cuando pegué mi oído contra la madera de la puerta, ya que a través del ojo de la cerradura no pude ver nada, y escuché.

Voz de hombre...

Escuché durante unos minutos, y luego, suavemente, empujé la puerta y entré.

De los dos, fue ella la que primero me vio y se puso en pie casi con violencia, cubriéndose con las manos los pechos desnudos para luego, tras una ligera exclamación de sorpresa, tomar la blusa del sillón, de uno de los sillones, y cubrirse en tanto que Robert Dalton se ponía en pie.

—¡Usted!

Cerré la puerta a mi espalda y sin pronunciar palabra me acerqué a uno de los sillones, me dejé caer en él, con la mano muy cerca de la culata del arma que llevaba bajo el sobaco, e inquirí:

—¿Por qué lo hizo, Dalton? ¿Por qué mató a lord Manor? ¿Por causa de su amante?

—Ella no es ni fue jamás mi querida, Spencer.

—¿No?

—No, aunque usted crea lo contrario.

Y repentinamente, cuando yo esperaba lo contrario, cuando yo aguardaba algo, pero no aquello, Dalton se dejó caer en uno de los sillones, y mientras ella se cubría el rostro con las manos, prosiguió:

—No, no es mi amante ni mucho menos, aunque yo sí fui quien mató a lord Manor. —Hizo una ligera pausa y prosiguió, hablando ahora de prisa, como si temiera que si no lo hacía así, le faltaran las fuerzas para terminar el relato—. Aquella noche, Spencer, *lady* Manor estaba como loca, completamente asustada. No deseaba, no quería ir a la cita de su marido; no deseaba pisar ya jamás la cabaña que un día construyera lord Manor. No deseaba pasar la noche con él, no deseaba tampoco ningún contacto carnal con el hombre que... que... la zahería con otras mujeres, que la golpeaba, y que hacía todo lo posible para... para convertir su vida en un infierno... y me llamó, contándome lo que ocurría. Discutimos por teléfono e incluso nos enfadamos cuando le dije que esas cosas no eran mías sino de ella y de lord Manor; de ella y de su marido. Que si la desheredaba, yo nada podía hacer, y mi consejo fue que... que fuera a la cabaña y se mostrara complaciente. Cecilie colgó el auricular, y cuando lo

hizo notar que estaba llorando.

»En realidad, no sé lo que ocurrió, pero de pronto me vi conduciendo mi coche bajo la tormenta y el agua en dirección a aquella cabaña, donde no llegué. El coche estaba allí, casi parado en el centro del camino, con las luces apagadas, y detuve el mío a poca distancia, apagando sus luces también. Dentro se encontraban *lady* y lord Manor, discutiendo, hablando casi a gritos. Luego, de un modo repentino, una de las portezuelas se abrió y vi cómo *lady* Manor caía al suelo, como daba un grito y luego se ponía en pie y empezaba a correr hacia los árboles. Entonces abandoné el mío, saltando fuera cuando ya lord Manor abandonaba el suyo, y asimismo vi cómo llevaba un arma en la mano, una automática, su risa brutal, cómo se detenía a pocas yardas del coche que acababa de abandonar y cómo extendía el brazo armado hacia ella, y le maté. Lo hice antes de que él pudiera matarla a ella y... y no me arrepiento de haberlo hecho, Spencer, no me arrepiento en modo alguno. En mi descargo —prosiguió tras una ligera duda—, sólo diré que cuando abandoné mi casa no tenía intención de matar a nadie. Quería, sí, enfrentarme con lord Manor y pedirle que dejara en paz a Cecilie, que le concediera el divorcio; en fin, que la dejara en libertad, pero luego todo sucedió como ya le he dicho.

—¿Por qué no fue luego a la policía?

—¿Para qué? El fango de todo esto salpicaría a *lady* Manor y yo no lo deseaba. Por eso le pedí que callara que no dijera nada. Urdiendo la historia que ella le contó a usted luego, cuando se presentó allí, en la carretera, encontrándola ya sola. Quise evitar algo que escapaba a mi control, a nuestro control, algo que ahora ya se ha producido.

—En cuanto a Leslie...

—Yo la maté en el interior de su coche.

—¿Sí? ¿Cómo lo hizo? Si no recuerdo mal...

—Estaba ya allí cuando usted llegó. Me encontraba en el jardín, junto a la puerta posterior cuando usted detuvo el coche, ¿recuerda? Tenía poco tiempo, más que poco ninguno. Esperé, pues, calculando las cosas al segundo. Saldría la doncella a recibirle a usted, luego esta misma doncella avisaría a *lady* Manor, con lo que transcurrían varios segundos más, ¿no? Fue así, tan pronto como usted entró en el vestíbulo me acerqué al coche, le pegué un tiro a

través de la ventanilla utilizando el silenciador y en una corta carrera entré en la casa, cuando ya la doncella iba a buscarle a usted para decirle que *lady* Manor le recibiría. El beso fue nada más que una pose por parte mía, pues Cecilie no sabía nada de eso. Mi coartada, basada en unos segundos de tiempo, era perfecta. Usted siempre diría, y lo juraría si fuera necesario, que me encontré, si no en los brazos de *lady* Manor, sí en su presencia, en el momento justo en que Leslie era asesinada.

—¿Por qué la eliminó, Dalton?

—Ella estaba allí, cerca del lugar dónde... donde lord Manor murió. Quiero decir que lo vio todo. Leslie era una vividora. Estaba en la fiesta, y según me confesó luego, oyó la discusión de *lady* Manor conmigo, es decir, se enteró de todo, y también fue aquella noche a la cabaña. Recuerde que McDugal descubrió las huellas de sus zapatos por allí, casi borradas por la lluvia. Ideó un chantaje. Dijo que iba a tener un hijo, que diría a Cecilie que el hijo era mío y que contaría a la policía todo lo que había visto. Su precio eran cien mil dólares, pero yo sabía que si pagaba una vez, tendría que continuar haciéndolo toda mi vida.

Pensé en Lenox e indiqué:

—¿Y el dueño del bar?

—Lenox era el amante de Leslie, y el padre del hijo que ella iba a tener. Por tanto, Leslie le contó todo lo que había visto. Cuando Leslie... cuando Leslie murió, Lenox adivinó lo ocurrido y me citó por teléfono; La casualidad hizo que fuera allí el mismo día en que usted trató de verle, por lo que llegué al bar inmediatamente detrás de usted; con el tiempo justo de verle entrar. Fue entonces cuando rodeando el edificio entré allí por la puerta trasera que desde una calleja da a un patio, y a su vez, desde este patio a la puerta posterior. Le maté sin que mediaran palabras entre los dos, y para evitar cruzarme, con alguien, salté por una ventana, crucé el patio y salí a la calle. Eso es todo, Spencer. —¿Y ahora?

Señalo el teléfono.

—Puede llamarles cuando quiera, que no voy a hacer resistencia alguna. Quizá... quizá sea mucho mejor así para todos.

Oí el gemido de Cecilie Manor, pero ni me volví a mirarla.

Eran las tres y media de la madrugada cuando me incliné para

levantar el felpudo, tomé la llave, la introduje en la cerradura de la puerta que daba acceso al apartamento de Jill, la hice girar y entré, cerrando a continuación a mi espalda.

—¿Dick? ¿Eres tú?

Creo que contesté con algo que ahora no recuerdo.

FIN



DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que
refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inago-
tables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca
del Amor.

APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



